

# Un aventurero audaz



**RONALD  
COLMAN**

ediciones  
Bistagne

**1<sup>1</sup>/<sub>2</sub>**  
**PTA**



**HOTEL**





# LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES ESPECIALES

Director: FRANCISCO - MARIO BISTAGNE

Ediciones BISTAGNE - Pasaje de la Paz, 10 bis - Tel. 15541 - Barcelona

## Un aventurero audaz

Interesante asunto policiaco de extraordinario interés

Dirección de  
**Roy del Ruth**

---

Producción «20th Century»

---

Distribuida por  
**LOS ARTISTAS ASOCIADOS**  
Rambla Cataluña, 62 - BARCELONA

---

Argumento narrado por Ediciones Bistagne

## PRINCIPALES INTERPRETES

- *Ronald Colman*
- *Loretta Young*
- *Warner Oland*
- *Charles Butterworth*
- *Una Merkel*
- *C. Aubrey Smith*  
*Arthur Hohl*
- George Regas*
- Ethel Griffies*
- *Mischa Auer*  
*Douglas Gerrard*
- Halliwel Hobbes*
- E. E. Clive*



# Un aventurero audaz

---

## Argumento de la película

---

### HIMENEO

Algy, el bueno de Algy, el infelizote de Algy acababa de casarse.

Realmente, Algy era un pedazo de pan.

Hombre de carácter irresoluto, iba siempre a remolque de las ideas de los demás, y hasta sorprendía que hubiese tenido el momento de decisión necesario para llevar a una mujer al altar.

Era esto, sobre poco más o menos, lo que se decían íntimamente los numerosos amigos que habían asistido a la solemne ceremonia, y entre éstos y más que todos Hugh Drummond, el capitán Drummond,

uno de los puntales más firmes de Scotland Yard.

En vacaciones por aquellos días, había regresado precipitadamente de Africa, adonde fuera a distraer sus ocios cazando leones en la selva virgen, para asistir a la boda de su amigo del alma, Algy, a quien llamaba, no sabemos si por uno de aquellos arrebatos de ironía tan frecuentes en él, "su brazo derecho".

Si el brazo izquierdo del capitán Drummond era como el derecho, Hugh podía no tener nada de que ufanarse frente a un manco.

En cuanto a la novia...

Rubia, espigada, joven — una verdadera niña —, apenas sabía por qué se casó. Después de mirarla con calma de arriba abajo y observar sus gestos y ademanes, parando mientes unos minutos en su conversación, el observador no podía por menos de concluir:

—¡Algy ha encontrado su media naranja *exacta*!”

Terminada la ceremonia empezó esa costumbre netamente inglesa de besar a la novia.

Todos los varones se acercaban a la recién casada y dejaban su felicitación sobre su mejilla de melocotón recién cogido del árbol.

El primero en cumplir de manera tan cariñosa con el protocolo fue Hugh Drummond, que por algo había actuado de padrino en aquella unión “clásica”.

—¡Eres la más adorable de las novias! — la dijo atrayéndola cariñosamente hacia sí y estampando un par de besos, primero en la frente inmaculada y luego en la mejilla de rosa.

Y hecho esto y mirándola sonriente y conmovido, la preguntó:

—¿Serás siempre feliz, Gwen?

—¡Siempre! — contestó la ni-

ña, dilatando cuanto le fué posible sus inmensas pupilas azules.

Había tanta ingenuidad en la respuesta, tanta verdad en el acento, que Hugh no halló palabras con que contestarla y tras repetir su salutación bucal, se apartó de ella, cediendo el puesto al besucón más inmediato.

Uno de los invitados dijo admirativo, contemplando el besuqueo oficial:

—¡Magnífica costumbre la de besar a la novia! ¿Verdad, Hugh?

—Sí... sobre todo para los que besan, porque en cuanto a la novia, yo me lo figuro un suplicio.

Y, cambiando de tono, preguntó a Gwen:

—¿Dónde está Algy?

—No sé... — contestó candorosamente la recién casada —, debe andar por ahí...

No pudo comprobarlo personalmente, porque en aquel momento desapareció de ante la vista del capitán, tras una muralla de fracs y cuellos almidonados.

El capitán Hugh atravesó los grupos y tras no pocas pesquisas, dió con Algy, allá en el fondo del salón, en un rincón oscuro, sentado pacientemente.

—¿Pero qué haces aquí, hombre? — le preguntó, sorprendido.

—Pues, ya lo ves, Hugh — contestó mansamente el interpelado, con una sonrisa beatífica en su rostro de esfinge defectuosa—. Esperando que acaben éstos.

—¿La has besado ya? — requirió Hugh.

—Todavía no.

—¿Pues a qué esperas, puma-  
rois? Ve y bésala, hombre...

—Gracias, Hugh. Voy allá...

Y el bueno de Algy, el infelizote de Algy, se dirigió presuroso hacia el montón de carne que rodeaba a la que desde aquel momento estaba ligada a él para toda la vida.

Difícil tarea la de llegar hasta su costilla.

Ni la veía siquiera.

En vano se empinaba sobre las puntas de los pies.

La cabellera rubia era sólo una mancha en el fondo de aquel volcán de caras sudorosas.

—Querida — suplicó Algy con voz angustiosa—, ¿puedo verte un momento?

Había hablado lo más recio que pudo, pero sus palabras apenas si

llegaron a Gwen como dichas al oído.

Entretanto, Hugh Drummond, apartándose del bullicio, fué hasta el guardarropa, púsoselo el abrigo, cogió su chistera y, tras dirigir una mirada compasiva hacia el grupo, se dirigió hacia la salida.

Iba ya a aventurarse en la calle desierta, cuando salió tras él Algy, que con acento de súplica, le preguntó ansioso:

—¿Te vas, Hugh?

—Sí, Algy.

—Pero... ¿supongo que no me dejarás solo?

—¡Pero, Algy, si ésta es tu noche de boda! No creo que me necesites para nada...

—No... es decir...

Drummond apoyó ambas manos en sus hombros y le dijo con un deje de tristeza:

—¡Algy!... Aquí terminan nuestras aventuras. Ahora ya no estás solo en el mundo y te debes a tu mujer.

Ahogó un suspiro que pugnaba por salir de sus labios, y añadió:

—¡Qué buenos momentos hemos pasado juntos! Pero aquello se acabó... Ya estoy cansado de todo es-



to. Ahora quiero tan sólo tranquilidad y reposo...

Y alzando los ojos al cielo y perdiéndose luego sus miradas melancólicas a lo lejos, continuó:

—¡Vivir en el campo... con una pipa, un perro y un libro!... No debe haber felicidad comparable a lo que esto supone... Anda, Algy, vuelve junto a tu mujer y no la abandones... ¡nunca!

Algy, al oír estas palabras, pareció hondamente emocionado y tras estrechar efusivamente la mano de su amigo, iba ya a llevar a la práctica su último consejo, cuando vió descender de un coche y dirigirse hacia ellos a su jefe, el coronel Nielson, de Scotland Yard, uno de los puntales más firmes de la famosa institución de policía inglesa, con sus bigotes fieros, su inseparable monóculo y aquel gesto adusto en el rostro, que le hacía aparecer, aun cuando en el fondo fuese una malva, como el más fiero de los defensores del orden.

Al ver a Drummond no pudo contener un movimiento de sorpresa, que hasta cierto punto más bien parecía de contrariedad.

—¡Hombre! — exclamó pasado el primer momento de estupor—.

¡Aquí está el capitán Drummond!

—El mismo, coronel, y siempre a sus órdenes — contestó Drummond sonriente, mientras le tendía la mano.

—Yo te creía todavía en el África—contestó estrechándosela Nielson.

—Vine para asistir a la boda de Algy. Ya sabe usted que somos íntimos amigos.

—Sí — contestó Nielson haciendo una mueca—, sé que Algy tiene esa desgracia.

—¡Ja, ja, ja!...—rió expansivo el capitán.

—Ya sabía yo que algo me iba a pasar... Me lo daba el corazón—comentó Nielson, cerrándose aún más sus cejas de felpudo—. ¡Ya comenzarán los líos!

—¡Y será espantoso, inspector! —rió Hugh de buena gana.

—Mira — empezó a decir el coronel—, eres un buen chico, lo reconozco, y no lo dudo... pero ¿por qué no te vuelves a África?

—No se apure, coronel... Mi viaje no puede ser más rápido y más inofensivo... Mañana mismo partiré para Sussex y me dedicaré una temporada al cultivo de la malvarrosa.



—¿De la qué? — preguntó el coronel afianzándose el monóculo.

—De la malvarrosa... una flor...

—¿Y por qué ha de ser precisamente el cultivo de esa florecilla?

—dijeron más que los labios las cejas del coronel.

—Porque ya estoy harto de todo... y de todos — contestó Hugh con tono desabrido.

Nielson volvióse entonces hacia Algy, a quien dijo disculpándose:

—Perdona que no haya podido venir a la ceremonia... Ya sabes que en mi cargo no puede hacerse siempre lo que se quiere...

—De todas maneras, muchas gracias, coronel — murmuró Algy agradecido, pues no se le escapaba la importancia de la visita, aunque tardía, del inspector.

En aquel momento, Gwen, que por lo visto, había terminado su calvario, salía del edificio dispuesta para la marcha y se acercó al grupo formado por los tres hombres.

—¡Oh, coronel — exclamó saludando a Nielson—, cuánta amabilidad la suya!

—Un poco tarde —sonrió el aludido—, pero ya ven que de todos modos no me olvido de ustedes.

—¡Oh, graciss, gracias!...

Se había acercado el coche que había de llevar a su domicilio al nuevo matrimonio, y Hugh creyó llegado el momento de despedirse.

Tendiendo sucesivamente la mano a Gwen y a su marido, les dijo:

—¡Adiós y muchas felicidades! Algy — agregó dirigiéndose a su compañero de azares y tal vez buscando con ello sobresaltar al coronel—, quizá algún día volvamos a nuestras aventuras... Por ahora, sin embargo, es necesario descansar...

—¿Tú lo crees? — preguntó el coronel, temeroso.

—Seguramente, coronel — rió Hugh socarrón.

Y añadió, subiéndose el cuello del abrigo y disponiéndose a marchar:

—Adiós, coronel... Voy a esfumarme en la niebla.

—Como vives en la misma casa que yo—le dijo Nielson—, si quieres te llevaré en mi coche...

Acababa de partir el que se llevaba a los novios, y Hugh, viéndolo marcharse, entristecido un momento, murmuró:

—No, gracias... la niebla parece ofrecer tranquilidad y reposo...

que es lo que en estos momentos creo que necesitamos...

—¡Amén!—rezó el coronel.

Aunque viendo alejarse a Hugh, murmuró, lanzando un suspiro profundo:

—Tengo el presentimiento de

que esta noche no podré dormir...

Drummond, que había oído este postrer aparte de su amigo, le dijo entre sonoridades de carcajada:

—¡Qué curioso!... Yo también presiento eso.

Y desapareció en la niebla.

## EL MISTERIO DE LA CASA DESIERTA

Si lo que buscaba el capitán Hugh Drummond, como acababa de decir, era tranquilidad y reposo, pronto iba a convencerse de que ambas cosas son casi imposibles de lograr en una clásica noche de niebla londinense.

Apenas había dado unos cuantos pasos casi a tientas, cuando fué a chocar violentamente contra un cuerpo que avanzaba en sentido contrario.

El incógnito lanzó un juramento y murmuró contrariado:

—¡Eh! ¿No ve por dónde anda?

—Perdone... iba distraído— repuso Drummond llevándose maquinalmente la mano al sombrero.

Quiso adivinar quién era el malhumorado viandante, pero no pudo

conseguirlo y, encogiéndose de espaldas, siguió su camino, marchando al azar, sin rumbo fijo, buscando, como dijera antes, sólo tranquilidad y reposo.

Habría dado veinte o veinticinco pasos, cuando notó que se oponía a su paso un cuerpo duro.

Palpólo a tientas y comprobó que se trataba de un poste de telégrafos, lo que no fué obstáculo para que se quitase cortésmente el sombrero y exclamara ceremonioso:

—¡Caramba! Usted disculpe...

Una voz cristalina que resonó casi en su oído le hizo volverse rápidamente.

—¿A quién habla usted? —dijo aquella voz.

Taladró Hugh las tinieblas y pu-

do comprobar que su interlocutor era una mujer joven y bonita.

Inclinóse cortés y sorprendido y contestó:

—¡Oh, perdone, señorita! Hablaba con un poste telegráfico... Sólo le dije: "¡Usted disculpe!"

La muchacha, en cuyo rostro se adivinaba una angustia profunda, sollozó casi:

—No le creo... ¿Por qué me miente todo el mundo...?

Y tras estas palabras, dichas con una voz extrañamente alterada, se hundió en la noche.

Hugh la vió marchar cuanto permitían las tinieblas y reanudó su camino.

—¿Adónde irá a estas horas, por estos sitios y con esta niebla esa mujer? — iba preguntándose Hugh para sus adentros, mientras entraba en una zona un poco más clara, gracias a la luz vacilante de un reverbero.

—Caballero, ¿me da fuego? — sonó una voz junto a él.

Alzó la cabeza Drummond y se halló frente a un borracho agarrado a un poste como el náufrago a la tabla.

Ofreciósele Hugh caballeroso y

el beodo barbotó entre hipos y tararadas de alcohol:

—Qué tiempo, ¿eh? Estoy perdido en la niebla...

—¿Sólo en la niebla?—preguntó hurlón el capitán.

—Sí, señor... ¿Y usted también?

—Me parece que sí...

—¿Y qué vamos a hacer?

—Usted, quedarse aquí... Yo voy a esa casa de enfrente, en donde veo luz encendida, a ver si puedo telefonar.

Y sin aguardar la respuesta del borracho, atravesó la calzada y un momento después trasponía la verja del portal y se acercaba a la maciza puerta de roble.

En el centro, a media altura, había un aldabón de hierro, que Hugh hizo sonar una y otra vez, sin resultado...

A la luz del farol, pendiente de la pared, sobre su cabeza, Drummond divisó una campanilla, que hizo sonar violentamente.

Como si el bronce hubiese sido un resorte, giró lenta y silenciosamente la puerta sobre sus goznes y un segundo después estaba abierta de par en par.

Arrojó Hugh el cigarrillo en el zaguán y atravesó el umbral.



No se había equivocado en cuanto a las luces, que daban una señal de habitabilidad, igual que unos acordes de instrumentos varios que modulaban una música dulzona y pegadiza.

Y, sin embargo, en el espacio que abarcaba la vista, no se veía rastro de ser humano.

—¡Eh! — gritó Hugh, dando unos pasos en el hall—. ¿No hay nadie?

Ni el más leve rumor rompió el silencio que le rodeaba.

—¿Puedo usar el teléfono? — preguntó nuevamente Hugh, aunque con el mismo resultado negativo de la primera interrogación.

No era Drummond hombre que retrocediese ante nada una vez dado el primer paso en una aventura, y así, tras aguardar inútilmente a que le contestaran, se aventuró en el hall y llegó a la escalinata que conducía a las habitaciones superiores.

Subió unos cuantos peldaños, mirando extrañado a todas partes, hasta llegar a una especie de antecala, en la que se veían una barandilla ante la estufa de campana y varios sillones y divanes.

—Cra... cra... cra... — dijo una voz aguardentosa.

Miró hacia el lugar de donde provenía el ruido y acercóse hacia él.

—¡Una cotorra! — murmuró el capitán, contemplando atónito al animal.

Un ruido raro a su espalda le hizo volverse con rapidez.

Sobre la barandilla que antes percibiera se columpiaba ahora un mono.

—¡Y sin embargo, no creo que me haya metido en el parque zoológico! — se dijo Hugh, adelantando hacia una puerta de la que salían raudales de luz.

Pero antes de llegar a aquella puerta, algo le hizo experimentar un sobresalto extraordinario y estremecerse violentamente.

Allí, frente a él, tendido sobre un diván y con el brazo rígido, como señalando hacia el misterio, había un hombre.

Acercóse Hugh estupefacto y, cogiendo aquella mano, pudo comprobar que su poseedor no era más que un cadáver.

Inclinóse sobre él y retrocedió horrorizado.

El rostro del muerto tenía impre-



sa una musca de espanto, con la boca abierta y los ojos desorbitados, que decía por sí sola más de lo que Drummond hubiese podido sospechar.

—¡Este hombre ha sido asesinado! — murmuró casi en voz alta. —¿Quién lo mató?

Miró en torno suyo, como buscando la explicación a aquella incógnita, y añadió avanzando ahora resueltamente hacia la puerta y cruzándola sin un asomo de temor:

—¡Hay que descifrar este enigma!

Se encontraba en un vasto comedor, en cuyo centro había una mesa gigantesca y sobre ella los restos de una cena que debió de ser espléndida...

Pero ni alma en las sillas, ni en torno de ellas...

—¿Estará abandonada esta casa?—se preguntó a sí mismo Hugh acercándose a la mesa y cogiendo una pasta de un frutero.

Mordisqueó pensativo y de pronto algo atraído poderosamente su atención.

Frente a él se veía un cenicero y en éste un cigarrillo humeante. Por la cantidad de ceniza de su punta

se deducía que acababan de dejarlo allí.

—¡Y sin embargo, ni veo a nadie ni me contesta nadie!—gruñó Hugh entre dientes.

Y para comprobar una vez más aquella negativa, golpeó un timbre que encontró junto al cenicero.

¡Nadie!

Esta llamada obtuvo la misma respuesta que las anteriores; el silencio.

—¡Y, sin embargo, yo no sueño!...—se dijo intrigado.

Atravesó el comedor, fué hasta otra puerta y desde ella vió otras estancias, igualmente desiertas.

Un resto de prudencia se impuso a su curiosidad y, desandando lo andado, salió del comedor, descendió la escalera y cruzando el portal salió a la calle.

A pocos metros de distancia de la casa descubrió a un policeman.

—¡Eh, guardia!—llamó.

Acercóse presuroso el representante de la autoridad, cuya cara atontada le colocaba en situación de gemelo de Algy, y preguntó:

—¿Qué ocurre, caballero?

—¿No me conoce usted? Soy el capitán Drummond.

—¡A sus órdenes, capitán! —

contestó la esfinge con casco—  
¿Qué desea?

—Guardia... ya lo encontré...—  
fué la respuesta estrambótica del capitán.

—¿El qué? — preguntó el guardia mirando a su interlocutor, que le parecía no tener todos los sentidos cabales, a juzgar por sus extraños ademanes.

—¡El cadáver, hombre... dése prisa!...

—¿El cadáver?

—Sí, hombre, sí... el cadáver... un cadáver... el de un hombre asesinado... ahí en esa casa. ¡Vamos... dése prisa y sigame!

Y sin esperar a oír las exclamaciones incoherentes del guardia, el capitán lo arrastró tras sí, hacia aquella casa que empezaba a parecerle misteriosa...

## LA GRAN AVENTURA

Al llegar frente a la puerta de la casa, que un minuto antes dejara él abierta de par en par, Hugh Drummond se detuvo estupefacto:

—¡Hombre, qué curioso!— exclamó—. ¡Está cerrada!

El guardia, que como Hugh la primera vez, había visto el aldabón, alzó éste y lo dejó caer sobre su soporte.

Resonó el hierro, al chocar, como a hueco, en el silencio de la casa, y el guardia, volviéndose algo escamado hacia el capitán, dijo:

—En esta casa no hay nadie...

Pero para desmentirle y acabar de confundir más de lo que estaba a Drummond, la puerta se abrió lentamente y en ella apareció un criado correctamente vestido, que al ver a los dos hombres preguntó, dirigiéndose al capitán:

—¿Qué desea usted? señor?

—¿Dónde estaba usted hace dos minutos? — contestó a una pregunta con otra, Hugh.

—Aquí.

—¿Aquí? ¡Imposible! ¡Yo he entrado aquí y en toda la casa no había nadie!

—¿Está usted seguro de que és-y al que seguía una mujer joven, ta es la casa? — intervino el guardia, a quien todo aquello no parecía natural.

—¡Segurísimo!

—Bueno — repitió el criado—, pero ¿qué desea usted?

Drummond, sin contestar directamente a aquel hombre y sin hacer caso de sus intentos de protesta, penetró resueltamente en el hall y miró a todas partes con curiosidad.

Mientras tanto el guardia, que le había seguido inconscientemente, murmuraba:

—¡Me parece que todo esto no es normal!

—¿Y el cadáver — le interrumpió Hugh a quien parecía mirar como quien ve visiones el criado que les abriera la puerta—, es acaso normal?

—¿Qué cadáver?—dijo en aquel momento una voz grave y pausada.

Hugh buscó a su nuevo interlocutor y se halló ante un caballero de mediana edad, de estatura regular y recia musculatura, de tez bronceada que mostraba las características de una raza distinta.

Aquel hombre que acababa de descender por la escalera principal

alta, esbelta, magníficamente alhajada y vistiendo un soberbio traje negro de *soirée*, miraba inquisitivo al capitán.

Hugh Drummond, tras inclinarse cortésmente ante los recién llegados, dijo:

—Decía que hace dos o tres minutos...

Pero el caballero no le dejó acabar.

—¿Estuvo este señor aquí hace dos o tres minutos?...—preguntó dirigiéndose al criado que seguía mirando a Drummond con cara de pánico.

—No, alteza...

—¿Cómo que no estuvo?... ¡El que no estaba aquí era usted!... ¡Esa puerta se abrió sola a mi llamada y recorrí todas las habitaciones de la casa, en las que no había alma viviente!... Lo único que pude encontrar en mi visita—siguió diciendo Hugh con acento de profunda convicción—fué una cotorra, un mono... y el cadáver de un hombre, que no me cabe la menor duda ¡había sido asesinado!...

—¿Asesinado?—exclamó el desconocido con sorpresa—. Lo que usted dice me sorprende, caballero...



Pero, en fin, como ello es serio, si quiere usted cerciorarse, puede hacerlo... Es demasiado grave la sospecha para que pueda consentir que siga pesando sobre mi o sobre mi casa... Soy el principal Achmed—terminó como si con aquellas palabras estuviera dicho todo.

Y volviéndose hacia la joven, añadió presentándola:

—Mi hija.

El capitán se inclinó reverente ante la joven, correspondió cortés al saludo de su padre y dijo sencillamente:

—Yo soy Hugh Drummond.

—Muy honrado con su visita, capitán...—contestó el príncipe.

—¿Me conocía usted?

—De nombre... y de referencia. Pero suba, capitán... Recorra la casa y convénzase...

Drummond no se hizo repetir la orden y volvió a subir aquella escalera y a recorrer aquella rotonda misteriosa.

El corazón le dió un brinco en el pecho al ver sobre el mismo diván de antes el cuerpo de un hombre.

—¡Ah!...—murmuro acercándose precipitadamente.

—¿Es éste el famoso cadáver?

—preguntó no sin cierta entonación irónica el príncipe.

Drummond dejó ver en su rostro el desencanto.

En efecto, el hombre que estaba tendido sobre el diván roncaba placidamente y en nada se parecía al asesinado que contemplara minutos antes.

Drummond le zarandeó con brusquedad hasta lograr despertarlo.

El durmiente era, según podía apreciarse a simple vista, un criado del príncipe, que se restregó los ojos violentamente y miró atontado al capitán y un poco avergonzado al comprender su falta, a sus amos.

—¿Cuánto tiempo ha estado usted aquí?—preguntó el capitán con un resto de esperanza.

—Unas dos horas... Me quedé dormido después de comer.

—¿Está usted seguro?—preguntó Hugh taladrándolo materialmente con la vista.

—Sí, señor... Completamente seguro...

No convencido, pero sí forzado a parecerlo, apartóse Hugh de aquel hombre y un momento quedó frente a frente de la hija del príncipe que le miraba con una enigmática mirada, en la que sin gran-



des esfuerzos pudo leer Hugh un lado, se inclinó ante sus huéspedes de deje de ironía y de burla.

—¿Es usted "Bulldog Drummond", caballero? —preguntó con una voz extrañamente metálica.

Hugh sonrió burlón y contestó:

—¿Bulldog?... ¡Oh, no, señorita!... ¡Ni siquiera pekinés!...

Y, volviéndose al príncipe, se inclinó ante él diciéndole con cortesía, que se adivinaba forzada sin gran esfuerzo:

—Le pido mil disculpas, príncipe... Parece que me he equivocado...

Iba a contestar indudablemente Achmed, cuando el guardia tocó en el brazo al capitán y le preguntó socarrón:

—¿Dónde ha estado usted esta noche, capitán?

—En una fiesta de bodas...

—¡Hum!... ¡Ya me suponía yo!... —rezongó el guardia como si hubiese dado con la piedra filosofal—. Bueno, bueno... ¿Sabe lo que le digo? ¡Que es mejor que se vaya usted a la cama!...

Y el guardián de la paz de los ciudadanos inició su marcha hacia la puerta parsimoniosamente...

Hugh miró recechosamente a todos

y salió tras el guardia.

Ya en el zaguán se detuvo un momento pensativo.

¿Se habría equivocado de portal y sería ésta sólo una casa parecida, *may parecida* a la anterior?

¿Estaría él soñando?

Recordó entonces que al entrar la primera vez había arrojado allí mismo un cigarrillo. Se agachó y buscó entre los escombros.

¡Efectivamente, allí estaba la colilla!...

Miró a la boquilla y vió sus iniciales grabadas en ella, según la costumbre: H. D.

—¡No, no he soñado! —murmuró.

Pero en aquel momento oyó una voz que murmuraba a su oído como una amenaza:

—¡Capitán Drummond! ¡Si estima usted su vida, olvide el incidente!

El que acababa de hablar así era el príncipe Achmed que posaba insistentemente en el capitán la mirada obsesionante de sus ojos vidriosos.

Drummond sostuvo aquella mirada y tras una leve inclinación siguió al guardia hacia la puerta...

UNA NOCHE TOLEDANA

—¡Estamos solos!...

Gwen, sentada en un amplio diván, divinamente guapa en aquellos momentos, miraba sonriente y gozosa a su marido, al buenazo de Algy, que sentado frente a ella llevaba unos minutos, desde que regresaran de la iglesia, en un estado de ensimismamiento y sin dar señales de vida.

Al oír la voz de su mujer dió un respingo, como si saliese de un sueño y contestó estúpidamente:

—¡Por fin!... ¡Qué curioso!... ¿Eh?

Y volvió a caer en aquella atonía que parecía ser su cédula de vecindad.

—¡Soy la mujer más feliz del mundo!—exclamó a poco Gwen, como si quisiera llamar la atención de su marido.

Nuevo respingo de Algy.

—¿Qué dices?—interrogó la infeliz tratando de romper el hielo por todos los medios.

—Nada... bofezaba...

Decididamente, tenían que inver-

tirse los papeles, pensó la pobre Gwen.

Y llevando a la práctica el pensamiento empezó a desnudarse.

Algy, como si realmente aquello fuese una lección, se quitó lentamente el frac y cuando en los labios de Gwen se dibujaba una sonrisa y aparecía un "¡Al fin!"... Algy volvió a sentarse tranquilamente en mangas de camisa.

Gwen le miró estupefacta.

O aquel hombre era de hielo... o era idiota.

Claro que esto no se le ocurrió a Gwen, que en punto a listeza y temperatura nada tenía que envidiarle a su compañero.

Pero en fin...

Se acercó a Algy y haciéndole un guiño de inteligencia le dijo ruborosa:

—¡Voy allá dentro!... ¿Vienes, Algy?...

Y se dirigió a la alcoba.

Algy pareció comprender al fin —¡ya era hora!—y dió unos pasos para seguirla, pero en aquel mo-

mento empezó a sonar a la desesperada el timbre del teléfono.

El pobre hombre, ahogando un suspiro de contrariedad, fué hasta el aparato y cogió el auricular.

—¡Alló!...

—¡Algy! ¿Eres tú?—sonó la voz de Drummond.

—Me parece que sí — contestó Algy que no estaba muy seguro de si decía o no verdad.

—Acaba de ocurrir algo grave, muy grave... ¡Ven a verme en seguida!...

—Pero... — murmuró entrecortadamente Algy—, ahora... no puedo... Hugh, no puedo...

—¡Algy, por Dios!... Mira que es nuestra gran oportunidad... Figúrate... un caso extraordinario... no vamos a perderlo...

—¡Pero, Hugh!...—contestó Algy agitándose nervioso junto al aparato—, ponte en mi lugar!... ¡Imagínate... es terrible!...

Y el pobre hombre, al hablar así, procuraba hacer queda su voz y miraba aterrorizado hacia la puerta de la alcoba en donde seguía esperándole su mujer.

Y, sin embargo, cuando colgó el auricular, estaba decidido a obedecer.

Le llamaba Hugh, y no recordaba haber desobedecido nunca a un llamamiento del que ejercía sobre él una influencia invencible.

Andando casi a rastras fué hasta la alcoba y se acercó a la cama en la que ya estaba acostada Gwen.

Esta, al verle llegar, suspiró para sí, mientras su rostro se iluminaba con una sonrisa.

—¡Por fin!

Pero las primeras palabras de su esposo helaron aquella sonrisa en sus labios.

—Drummond me llama...

—¿Eh?

—...y no tengo más remedio que ir...

—¿Cómo?

—... pero volveré en seguida! — terminó como para quitar el mal efecto de la primera parte de su discurso.

—¡Algy!... — murmuró Gwen compungida.

—¡Tenía razón el coronel Nielson!...—contestó Algy por toda explicación de aquel que se le autojaba a Gwen un misterio insondable.

. . . . .  
. . . . .

Unos minutos después, Algy,



arrellanado en un butacón en el despacho de su amigo, escuchaba ensimismado el relato hecho minuciosamente por éste de lo ocurrido en la casa misteriosa del príncipe Achmed.

—Y de pronto—terminó Hugh—me vuelvo y veo al príncipe Achmed que me dice muy serio y con tono amenazador: "¡Si estima usted su vida, olvide este incidente!" ¿Comprendes?

—Sí... es decir, no...—contestó Algy sin mover un solo músculo de su rostro, que continuaba con el mismo aspecto de imbecilidad característica ya en él—. ¿Y qué vas a hacer?

—Voy a llamar al coronel.

—¿A Nielson?

—Sí—respondió Hugh levantándose y dirigiéndose a la puerta del despacho.

—El caso es que estará durmiendo—se atrevió a insinuar Algy.

—¿Y qué?—contestó Hugh trasponiendo la puerta.

—No... no lo decía por nada... Pero es cosa fuerte sacar a un hombre de la cama...

Drummond, que ya no le oía, estaba subiendo la escalera para llegar a las habitaciones del coronel

que, como se recordará, vivía en la misma casa.

Algy, al quedarse solo, se asentó mejor en la butaca y cruzando una mano sobre otra se limitó a murmurar:

—¡Y esta es mi noche de bodas!... ¡Qué cosa más rara!

El recibimiento que le hizo el coronel no fué muy halagüeño, que digamos.

Obligado, como supusiera Algy, a levantarse de la cama, Nielson, envuelto en un albornoz, acabó por seguir al capitán hacia el despacho de éste, aunque de un humor endemoniado.

—¡Ya sabía yo que no dormiría esta noche!... ¡Tuve la convicción de ello en cuanto te vi antes!...

—¡Es que le aseguro a usted, coronel, que se trata de una cosa muy seria... muy seria!

—¡Como todas las tuyas!... ¡Otra aventurita estrafalaria!...

—Le juro a usted que lo que he visto vale la pena de perder una noche de sueño...

—¿Te parece a ti?

—Y le parecerá a usted, en cuanto le explique de qué se trata...

Y Hugh empezó por segunda vez



el relato con toda clase de pelos y señales de cuanto le ocurriera en la casa del príncipe Achmed.

—¡Pero por qué no estarás ya cultivando tus florecillas!... Esa...

—Malvarrosa—precisó Hugh.

—Sí, esa malvarrosa... ¡Al menos dormiría tranquilo...!

—Pero le repito que es una cosa muy seria... y que debemos hacer algo...

Nielson movió incrédulo la cabeza.

—¿No me cree?

—Lo que tú has visto ha debido ser una momia... El príncipe es un coleccionista...

—Le doy a usted mi palabra de que se trataba de un ser de carne y hueso—insistió con firmeza Hugh, desesperado de que no se le creyera—. ¡No era una momia, no!

—¡Bueno... el caso es que momia o no momia... a mí no me dejas dormir!...

—¿De modo que se niega usted a ayudarme? — preguntó Hugh contrariado.

—Sí. No tengo ganas de andar danzando inútilmente a través de la niebla... Después de un día de trabajo intenso creo que tengo dere-

cho a que me dejen dormir tranquilo...

Y dando un portazo abandonó la estancia.

Drummond, desesperado ante aquella negativa, se acercó a Algy suplicante:

—Algy, ¿tú me crees, verdad?

El rostro de idiota de Algy no dió más señales de vida que unos parpadnos apenas perceptibles.

—¿Y por qué no había de creerle?

—¡Imagínate el cuadro—volvía a repetir Drummond por enésima vez—: una casa tétrica envuelta en la niebla... un príncipe siniestro... un cadáver que desaparece... ¿Comprendes?... ¡Es una aventura... una formidable aventura, que debemos seguir a toda costa!... ¿No te parece?...

—Sí... claro que sí...

—Sólo falta una mujer bella y seductora...

Como si estas palabras fuesen una invocación dieron en aquel mismo instante unos golpecitos a la puerta.

—¡Adelante! — dijo Hugh poniéndose en pie y haciendo ademán de dirigirse hacia la puerta, que se

abría de par en par en aquel momento.

En ella pudieron ver los dos amigos la figura de una mujer elegantemente vestida, joven y verdaderamente hermosa.

Drummond estuvo a punto de lanzar un grito.

¡Aquella mujer era la misma que encontrara entre la niebla cuando acababa de chocar contra el poste telegráfico!

Como si aquello fuese la cosa más natural del mundo, el capitán dijo a la aparecida:

—¡Hablábamos de usted!...

Pero se interrumpió bruscamente, porque la joven, como si estuviera al cabo de sus fuerzas, dobló las rodillas y hubiese caído al suelo a no acudir rápidamente Hugh a sostenerla.

Con sumo cuidado la llevó hasta el diván y la tendió en él colocando unas almohadas bajo su cabecita troncada como una flor a impulsos del vendaval.

—En tu lugar...—empezó a decir Algy—yo tendría mucho cuidado...

—No te preocupes...—contestó Hugh—. No es nada... Un desmayo... Creo que se trata simplemente de los nervios...

Y yendo hacia una mesa vertió un poco de licor en una copa y lo dió a beber a la joven.

Ella dejó fluir entre sus labios rojos un leve suspiro y no tardó en abrir los ojos y mirar a todas partes asustada...

—¡Mira que tocarnos esto a nosotros!...—seguía balbuciendo Algy.

—Es parte del misterio...—se limitó a decir Hugh.

Y volviéndose hacia la joven que le miraba ahora con curiosidad, como si tratase de recordar algo, la dijo sonriente:

—Sí... ya se lo que piensa... Que me ha visto antes... Que me reconoce...

—Sí... pero no recuerdo...

—Yo la ayudaré... Soy el hombre del poste telegráfico...

—¡Ah!... ¡Es verdad!... ¡Ahora me acuerdo!...

Y la desconocida demostró que se tranquilizaba, en una sonrisa que algo tenía de burlona.

—Venía a visitar al coronel Nielson...—empezó a decir pasado el primer momento de sorpresa—, pero...

—¿El coronel Nielson?... Vive en el piso de arriba, señorita...

—Así lo creía... pero arriba me dijeron que le encontraría aquí...

—Acaba de volverse a la cama— contestó Drummond—, pero si podemos serle útiles en algo...

La muchacha miró sucesivamente a los dos amigos, y por fin, como si la hubiese dado confianza su aspecto, se decidió a hablar.

—Pues verá usted—empezó diciendo—, ando en busca de mi tío... Hoy llegamos de la India mis tios y yo a bordo del vapor "Bombay Girl". Del vapor fuimos hasta el hotel y a las once mi tío nos dejó, diciéndonos que iba a entrevistarse con el propietario del barco...

—Un momento, señorita—la interrumpió Hugh—, ¿quién es el propietario del "Bombay Girl"?

—El príncipe Achmed.

Hugh abrió desmesuradamente los ojos y aun entreabrió los labios como si fuese a decir algo, pero se contruyó y se limitó a exhalar un sencillo:

—¡Ah!...

—Al ver que transcurría el tiempo y que mi tío no volvía, empecé a sentirme intranquila y mi tía también... Entonces decidí ir en busca de mi tío y me trasladé a casa del príncipe Achmed...

—¿Le vió usted?

—Sí.

—¿Hace mucho que estuvo usted allí? — preguntó precipitadamente Hugh que empezaba a sentir que sus nervios se ponían en tensión.

—A poco de nuestro encuentro entre la niebla.

—¿Y qué le dijo el príncipe?

—Que no había visto a mi tío...

—¿Y está usted segura de que fué a aquella casa?

—Lo juraría...

—¿Quiere usted decirme cómo es su tío?...

La muchacha hizo una descripción de su pariente y Hugh ya no tuvo duda de que el tío de la joven era el mismo que él encontrara asesinado en la casa misteriosa.

Interrumpiendo la conversación fué al teléfono y puso comunicación con las habitaciones particulares del coronel Nielson.

Este, que estaba en su primer sueño, tardó un momento en contestar, pero como Hugh no era hombre que cesase en su empeño cuando había tomado una determinación y el timbre seguía sonando hasta partir el tímpano, acabó por contestar:

—¿Quién me llama?



La voz harto conocida para él de Drummond sonó al otro extremo del hilo:

—¿Puede usted bajar un momento?...

—¡Por amor de Dios!...—contestó colgando el auricular bruscamente—. ¡Déjame dormir!...

Y el pobre hombre se arrebujó en la colcha y trató de reconciliar aquel sueño que se habían empeñado en interrumpir.

Hugh no se descorazonó por este resultado negativo y volviéndose a Algy que seguía mirándole embozado, le dijo con resolución:

—Bueno, Algy, tú y yo nos encargaremos de este asunto... ¿Cómo se llama usted?—añadió acercándose a la joven y sentándose a su lado.

—Lola Field.

—Muy bien. Yo soy Hugh Drummond, y este caballero es Algy, mi compañero y mi amigo...

—Tanto gusto...

—Y ahora cuéntenoslo todo, porque, como le digo, desde este momento tomamos a nuestro cargo sus asuntos como si fuesen propios... Yo también tengo una cuenta que saldar con ese príncipe Achmed...

## ROBADA

—Pues verá usted... Como dije antes, acabamos de llegar en el "Bombay Girl". El tío recibió orden de vender toda lo que poscía y comprar algo que debía de cargar en el "Bombay"... Y así lo hizo. Pero luego parece que le mandaron que suspendiese la descarga aquí.

—¿No sabe usted de qué se trataba?

—Creo que son pieles...

—¿Y no sabe el por qué de esas órdenes?...

—Esto sólo tiene una explicación... Se trata de un radiograma...

—¿Cifrado?

—Sí... ¿Cómo lo sabe usted?...

Hugh, sin contestar a esta pregunta, se dirigió radiante a Algy y le dijo con un gozo incontenible:



—¿Ves, Algy? ¡Hasta un telegrama... y cifrado!

—Un radiograma—corrigió Algy sin abandonar su impasibilidad a pesar del entusiasmo de su amigo.

—Es igual—dijo éste—. ¿Y de dónde viene ese despacho?...

—De Port-Said... Allí hicimos escala para desembarcar un enfermo...

—¿Un enfermo? ¿De la tripulación?

—Creo que sí...

—Siga.

—Esta mañana mi tío olvidó el radiograma y mi tía me pidió que se lo llevara.

—¿Entonces su tía conoce el texto?

—Seguramente, porque, como le he dicho antes, estaba muy intranquila e hizo que esa intranquilidad se me transmitiera a mí.

—¡Algy! — exclamó Hugh poniéndose en pie—. Debemos empezar a trabajar...

—¿A trabajar?

—¡Sí! Y sobre la marcha...

Hugh se había puesto el abrigo y se disponía a salir.

—Pero —preguntó Algy imitán-

dole aunque de mala gana—, ¿adónde vamos?

—Al hotel donde se hospeda la señorita Field. Es necesario que conozcamos el texto verdadero de ese radiograma... Creo que ahí está la clave de todo el misterio. ¿Vamos, señorita Lola?

—Cuando usted quiera.

Un auto los condujo rápidamente al East India, hotel en el que, según dijera Lola, se hospedaba con sus tíos.

Llegados al inmueble, penetraron en el *hall* y Lola dijo a sus nuevos amigos:

—Voy a pedir la llave.

Acercóse al *comptoir* y dijo sonriente al encargado:

—¿Quiere hacer el favor de darme mi llave?

—¿Su llave?—preguntó mirándola extrañado aquel hombre—. ¿Cómo se llama usted?

—¿No me conoce? Lola Field. El cuarto treinta y cuatro.

El empleado cogió el registro del hotel y empezó a buscar parsimoniosamente.

Entretanto, Hugh decía a su amigo a pocos pasos de distancia:

—¡Sólo siento el disgusto que voy a dar a esa infeliz!...

—¿Crees que el cadáver que viste es el de su tío?

—Por lo menos coinciden las señas con las que ellas me han dado.

—¿Y por qué no se lo dices?

—Quiero estar seguro... Comprende que sería terrible que me equivocara...

Drummond se interrumpió de pronto, pues creyó que Lola estaba riñendo con el encargado del hotel.

En efecto, éste, después de mirar atentamente el registro, había contestado:

—Debe usted de estar equivocada... En el registro no figura su nombre... Usted no vive aquí...

—¡Yo le digo que estoy aquí con mis tíos desde esta mañana...! —insistía Lola enérgicamente.

Aquel hombre, al notar que la conversación había sido nula y al ver acercarse a los dos amigos, les dijo, sonriendo y haciendo un guiño significativo:

—¡Está chiflada!...

—¡Amiguito — le interrumpió Hugh poniéndose serio y amenazador —, le ruego que use otro lenguaje!...

—¡Es que se empeña en una cosa que no es verdad! —trató de jus-

tificarse aquel hombre—. ¡Jamás la he visto aquí!

—¡Qué cinismo! —gritó Lola indignada—. ¡Pero si esta mañana hablé con él y con el gerente!

—Vamos a ver si nos ponemos de acuerdo — intervino nuevamente Hugh.

Y dirigiéndose al encargado le preguntó secamente:

—¿Es éste el hotel East India?

—Sí, señor —contestó el encargado.

—¿Y la señorita y sus tíos no aparecen inscritos en el registro?

—¡Usted mismo lo puede ver! —contestó el encargado dándole el libro.

—¡Pero esto es ridículo! —protestó Lola que estaba como loca—. ¿Dónde está mi tía?

—¡Qué sé yo! — se encogió de hombros el interpelado.

En aquel momento apareció en escena un nuevo personaje, un vejete engafado de mirada atravesada, que acercándose al grupo con una repugnante sonrisa en los labios, preguntó:

—¿Qué pasa?

—¿Y usted quién es? —preguntó a su vez Hugh.

—Soy el gerente.

—¡Ah, perfectamente! ¿Conoce usted a esta señorita?

—No la he visto en mi vida.

—¡Pero si esta mañana hablé con usted!—insistió Lola que creía que estaba en un manicomio.

—Está usted equivocada, señorita...

—¿Equivocada?

Pero de pronto se le ocurrió una idea:

—¿Podemos ver la habitación número treinta y cuatro? Ahí es donde estamos hospedados...

—Si usted insiste... —concedió, aunque de mala gana, el gerente.

Subieron todos una escalera empinada y por fin llegaron frente a la puerta del cuarto número treinta y cuatro del hotel.

Llamó a ella el gerente y salió a abrirla un hombre en camiseta, que preguntó malhumorado:

—¿Qué se les ofrece?

—Usted perdona—le dijo el gerente deshaciéndose en excusas—. Esta señorita quisiera ver el cuarto... Un minuto solamente...

Aquel hombre se hizo a un lado y dejó pasar a los visitantes.

—¿Es ésta su habitación?—preguntó el gerente con sorna.

Lola miraba a todas partes asombrada.

—Parece... pero... no... no son los mismos muebles... Y, sin embargo...

—Esta señorita se equivoca de hotel—afirmó triunfante el gerente.

—Puede ser —confesó aunque con desconfianza Hugh—. En fin... Vámonos...

—Usted sabe de sobra que no estoy equivocada —insistió Lola mientras salían de la habitación.

Aun en la puerta, volvióse Hugh al huésped y le preguntó:

—¿Desde cuándo está usted en esta habitación?

Pero aquel hombre le empujó descompuesto hacia la puerta diciéndole con un humor de todos los diablos:

—¡A mí déjenme tranquilo!... ¡Vaya una noche de bodas!...

Al oír estas palabras Algy pareció salir de su ensimismamiento y acercándose a él le preguntó curioso:

—¿Es su noche de bodas?

—¡Sí, señor... y váyase también al diablo!...

—¡Entonces le comprendo!—exclamó Algy mirándole compasiva-



mente, como si fuera él el que se mirara en un espejo.

Ya en la puerta del hotel y al abandonar éste, el gerente dijo a Hugh que se había quedado rezagado:

—Yo creo que la señorita está confundida...

—Repito que puede ser... En fin, ya veremos...

—Buenas noches, capitán Drummond...—saludó el gerente al despedirse.

Hugh se estremeció al oírle.

¿Cómo sabía aquel hombre su nombre?

El no recordaba haberle visto en su vida.

—¿Por qué me llama capitán Drummond? —preguntó clavando en él sus ojos escrutadores.

—Usted me dijo su nombre antes...

Drummond, que estaba seguroísimo de no ser así, denegó rotundamente:

—¡No, no se lo dije!... ¡Y usted sabe perfectamente que no se lo dije!...

Y comprendiendo que acababa de ser víctima de una farsa, fué a reunirse con sus amigos, convencido ahora del todo de que en aquel

asunto de Lola Field se ocultaba no sólo una canallada, sino algo peor del príncipe Achmed...

Ya en la calle, los dos amigos y su acompañante llegaron al automóvil que habían dejado parado frente al hotel.

—¿Usted me cree, no es verdad?

—preguntó la muchacha a Hugh, cuando éste se reunió con ellos.

—Desde luego... pero no creí que el asunto fuese tan complicado... ¿Tiene usted el radiograma?

Lola le miró un momento dubitativa:

—Sí... pero no creo...

—¿No tiene confianza en mí?

—Naturalmente...

Y Lola, vencida por la sinceridad de su nuevo amigo, sacó el papel y se lo entregó.

—Saca una copia y a ver si puedes descifrarlo—dijo Hugh a Algy.

Este extrajo de uno de sus bolsillos un papel y un lápiz e hizo lo que le mandaban.

—Date prisa—le acució Drummond—, no vayan a sorprendernos...

—¡Y decir que esta es mi noche de bodas!...—murmuró suspirando

el pobre Algy, empezando la tarea.

—No te quejes—contestó Hugh recogiendo el original del radiograma—. Puedes irte a casa.

—¿Tú crees?...—preguntó el infeliz como si no pudiese dar crédito a las palabras.

—Sí, hombre, sí... Vete en seguida... para describir el radiograma... ¡y no te dejes vencer por el hambre, por el sueño... ni por el amor!...

Y subiendo al auto con Lola emprendió el viaje de regreso a su domicilio.

Algy, deseoso de hallarse al lado de su mujercita, voló más que corrió hacia su casa.

Apenas habían abandonado el hotel nuestros amigos cuando llegó al East India el príncipe Achmed.

Una vez en presencia del gerente, que temblaba como un azogado en su presencia, le dijo:

—¡Hemos fracasado otra vez!... ¿Por qué no cogieron también a la muchacha?... ¡Ella es la que tiene el telegrama y no hemos adelantado nada con secuestrar a la vieja, que se niega a hablar!...

—Es que la vieja vino sola...

—¿Y la muchacha, no ha vuelto?...

—Sí... acaba de salir de aquí... pero cambiamos el número de la habitación...

—¿No se dió cuenta de nada?...

—No... Drummond iba con ella.

—¿El capitán?

—¡El mismo!...

—¡Maldito hombre!...

—Se fué con ella... y vi que le mostraba un papel...

—¡Seguramente el radiograma!... —maldijo el príncipe—. Hay que recuperarlo sea como sea.

Y subiendo a su coche desapareció raudamente en la noche.

Lola y Hugh estaban en el despacho de éste cambiando impresiones sobre los últimos acontecimientos.

Drummond, al cabo de un rato, llamó por teléfono a Algy.

—¿Encontraste algo?... —preguntó.

—Nada...

¡Cómo había de encontrar nada el pobre Algy, que no tenía ojos más que para mirar a su mujercita!...

Hugh fué hacia Lola y colocando una bandeja con té y pastas sobre una mesita se sentó junto a ella.

—Usted es un personaje de novela—dijo la muchacha admirativa.

La verdad es que empezaba a tener una confianza ciega en su compañero y había casi desaparecido de su rostro la opresión de angustia que hasta entonces la dominaba.

—Tome esto... La hará bien...—la dijo Drummond dándole una copita de licor—. ¿Un bizcocho?...—añadió ofreciéndole uno...

—No, gracias...—sonrió Lola.

—Esto va mejor... porque se sonríe...

—¡Usted me ha dado fuerzas y esperanzas!—contestó Lola mirándolo cariñosamente.

—¡Ahora al trabajo!—dijo animosamente Hugh, terminando de cargar un revólver que dejó sobre la mesa, junto a la bandeja—. Voy a sacar a Nielson de la cama.

—¿Con una pistola?—rió Lola.

—No está mal la idea... pero no es necesario...—contestó Hugh que cogiendo el revólver fué a guardarlo en el bolsillo de su abrigo que estaba en el respaldo del diván.

Hecho esto dijo a su amiguita:

—Y mientras tanto, descanse y piense que todo se arreglará. Vuelvo en seguida...

Y, como había dicho, salió a la escalera y no tardaba en llamar a la puerta de la casa del coronel.

. . . . .

No costó a Drummond poco trabajo sacar de la cama a Nielson, pero al fin, tantas cosas y tal empeño puso en ello, que lo logró.

A decir verdad lo único que decidió al coronel a bajar con él a sus habitaciones fué el deseo de ver a aquella muchacha de quien le hablara Hugh.

Llegaron por fin al despacho de éste y antes de penetrar en él, ya en la puerta, Drummond fué a abrir la boca para hablar, pero Nielson interrumpiéndole le dijo:

—¡Ya sé lo que vas a decirme!...

—¿Qué?

—¡Que la muchacha ha desaparecido!

—¡Al contrario! ¡Aquí está!...—contestó triunfalmente Hugh abriendo la puerta y penetrando en el despacho seguido del coronel.



Pero se contuvo como si se hubiera vuelto de mármol.

¿Qué significaba aquello?...

¡El despacho estaba vacío!

¡Lola Field había desaparecido, como dijera el coronel en burla!...

—¡Se ha ido!... — murmuró el capitán abatido.

Nielson lo miró entre burlón y enfadado y le dijo dando un paso hacia la puerta:

—¿Puedo ir a dormir?

—¡Le digo a usted que cuanto acabo de contarle es serio!... ¡No me explico cómo se ha marchado esa muchacha!...

—¡Déjame de cuentos, Hugh!...

¡Es ya imposible que te crea... ni yo, ni el lucero del alba! ¡Lo que te está ocurriendo a ti esta noche parece un cuento de magia!... Buscas un cadáver y desaparece; buscas una mujer y desaparece... ¡Hasta desaparece la habitación de un hotel!... ¡Convendrías conmigo en que esto es demasiado fantástico para que sea serio!... ¡El único que no desaparece, y es el que debía desaparecer para dejarme tranquilo, eres tú!

—¡Déme dos agentes que me acompañen!—le interrumpió bruscamente Hugh, que se paseaba co-

mo una fiera enjaulada de un extremo a otro del despacho.

—¿Para qué? ¿Para molestar a otras personas?... ¡De ninguna manera!

—¿Quiere o no quiere?

—¡No quiero!

Y Nielson, que echaba chispas, fué hasta el teléfono y llamó:

—¡Póngame con Scotland Yard!

¡Mande dos hombres a la residencia del príncipe Achmed que impidan que el capitán Drummond penetre en la casa, y si es necesario, que lo arresten!...

Y dadas estas órdenes y colgado el receptor, el coronel salió dando un portazo.

. . . . .

¿Qué había pasado en el despacho durante la ausencia de Hugh?

Cuando éste salió para trasladarse a las habitaciones del coronel, Lola, siguiendo los consejos del capitán, se recostó muellemente en el respaldo del sofá y no tardó en quedarse dormida...

Llevaba un día atroz, de agitación continua y no es extraño que estuviese verdaderamente rendida.

Apenas había cerrado los ojos, cuando se abrió sigilosamente la

puerta opuesta a aquella por la que había salido Hugh y se deslizaron en el despacho la hija del príncipe Achmed y uno de los criados de éste.

Se acercaron de puntillas al diván y ya a espaldas de éste, el criado, que llevaba en la mano un pañuelo impregnado de cloroformo, lo aplicó al rostro de la muchacha, que tras debatirse unos momentos luchando contra el mareo, no tardó en perder el conocimiento y quedar por completo a merced de sus raptadores.

Entretanto la hija del príncipe registró los bolsillos del abrigo del capitán y sacando de uno de ellos el revólver, quitó de éste las cápsulas y volvió a dejarlo en su sitio.

Cogió el hombre en sus brazos a Lola y con el mismo sigilo no tardaron en desaparecer por donde habían venido...

Creían haber triunfado definitivamente, porque dueños de Lola

Field, pensaban ser poseedores del radiograma misterioso...

. . . . .

Cuando el coronel hubo desaparecido dejándolo solo con su rabia y su impotencia, Hugh iba ya a llamar por teléfono a Algy, cuando oyó en la antecámara un ruido extraño como de alguien que golpease en un mueble.

Salió precipitadamente por la misma puerta por donde un instante antes lo habían hecho Achmed y su hija y al hallarse en la antecámara vió con la natural sorpresa que un cesto de mimbrés que en ella había se movía violentamente y su tapa subía y bajaba como empujada con fuerza desde el interior.

Acercóse a la cesta y levantando la cubierta lanzó un grito de sorpresa.

¡En el interior del cesto, atado de pies y manos y amordazado estaba su ayuda de cámara!

## COMO EN LOS CUENTOS DE MAGIA

Algy estaba que no cabía en sí de gozo y si grande era su alegría no lo era menor la de Gwen, que al verle llegar exclamó tendiéndole los brazos mimosa:

—¡Queridito mío!... ¡No me dejarás sola esta vez!...

—Me parece que no — contestó Algy no muy seguro aun de lo que decía.

—¿No estás cansado?—preguntó misericordiosa su mujer.

—Sí, un poco... pero ahora descansaré de una vez, y...

En aquel momento el timbre del teléfono volvió a sonar con furia.

El pobre Algy se dejó caer pesadamente en la butaca y Gwen estuvo tentada de hacer trizas el maldito chisme al que culpaba de todas las infelicidades de aquella noche toledana.

Su marido cogió resignadamente el teléfono y oyó ¿cómo no? la voz tan conocida de Drummond.

—¿Algy?... pasa algo horrible... ven a verme...—se oía débilmente.

Algy no le oía o no quería oírle

y Gwen, quitándole el auricular, lo metió bajo los almohadones hasta que dejó de oírse la voz maldita...

Hugh Drummond estaba desesperado.

El coronel le negaba su auxilio y su amigo Algy se hacía el sordo.

Sin embargo, esto no era bastante para hacerle desistir de su empeño y puesto que nadie quería acompañarle se decidió a volver solo a la casa misteriosa jugándose el todo por el todo...

Acompañado de su mayordomo, subió al auto y minutos después se detenían a poca distancia de la casa.

—Espera aquí, con el motor en marcha...

Y a favor de la oscuridad se acercó a la verja que circundaba el edificio.

En la puerta principal pudo ver bajo el reverbero a los dos guardias que enviara el coronel con orden de impedirle la entrada.

—Decían que estaba en Africa



cazando leones—comentaba uno de los *policemen*.

—Pues ha vuelto — contestó el otro—. Cada vez que viene a Londres arma unos líos...

—¡En todo caso hay que vigilarlo! ¡Ordenes, son órdenes!...

Sonrió Hugh al oírlos y encarámandose por la verja no tardó en hallarse en el jardín.

En una de las ventanas del primer piso se veía luz.

Drummond, subiendo como un gato por la pared, no tardó en hallarse en condiciones de mirar lo que pasaba allí dentro.

En un diván estaba extendida una señora, que el capitán comprendió en seguida que debía ser la tía de Lola.

Junto a ella y en pie se hallaban el príncipe Achmed y un hombre de rubia pelambreira totalmente desconocido para él.

La mujer preguntaba en aquel momento:

—¿Vió usted a mi marido?

—Sí, estuvo aquí—contestó Achmed.

—¡Estaba tan inquieto por la llegada de ese barco!...—murmuró la anciana.

—¿La dijo su marido lo que decía el radiograma?...

—Naturalmente.

—Entonces ¿sólo usted conoce el texto?

—Y mi marido.

—Está bien... El doctor Sothorn la dará algo para dormir y luego seguiremos hablando de este asunto...

Lo que no sabía la infeliz era de lo que eran capaces aquellos hombres, y así, sin desconfianza alguna bebió la pócima que la ofreciera el hombre de la cabellera rubia.

Apenas hubo bebido, los dos hombres, después de apagar prudentemente la luz, salieron de la estancia.

Este fué el momento aprovechado por Hugh para entrar en la casa, lo que logró fácilmente con sólo empujar la ventana, que, afortunadamente, estaba sólo entornada...

Ya dentro se acercó al diván en que reposaba la anciana y en voz baja para no ser oído desde fuera la dijo:

—Soy un amigo de Lola... No se asuste... ¿Sabe usted lo que decía el radiograma?



... para asistir a la boda de su amigo del alma Algy.



—Adiós, coronel, voy a esfumarme en la niebla.



—A sus órdenes, capitán.



—Si quiere usted cerciorarse puede hacerlo.





—Desde este momento tomamos a nuestro cargo sus asuntos.



— miraba a todas partes asombrada.



—Tu vida y la de tu fia dependen de que yo encuentre ese radiograma.



No costó a Drummond poco trabajo sacar de la cama a Nielson.



—¿No estás cansada?



...Gwen, quitándole el auricular...





La pobre señora empezó a hablar...



Hugh se vió sujeta...



—¿O me da ese radiograma o le mato!



Apoderándose de un bidón de gasolina lo arrojó en medio de las llamas.



—Este radiograma se refiere a la muerte sospechosa de un marinero.



—¡Oh, amada mía, tranquilidad y paz!



La pobre señora empezó a hablar, pero apenas había pronunciado media docena de sílabas dejó caer pesadamente la cabeza y cerró los ojos.

Había perdido el conocimiento.

—¡Caramba! ¡Cree que lo iba a decir todo de un golpe!...—murmuró Hugh contrariado.

Y como ni podía esperar a que la dama volviese en sí, ni por otra parte dejarla en poder de aquellos hombres, que eran capaces de cualquier atrocidad por descubrir el secreto del radiograma, la cogió en brazos y tras no pocos esfuerzos logró sacarla de la casa y llevarla hasta el automóvil.

Rápidamente llegó a su casa y depositando a la tía de Lola sobre el mismo sofá en que antes descansara Lola, subió corriendo a ver al coronel.

El criado de éste, que tenía órdenes concretas de su amo, no quería permitirle el paso, pero Hugh no era hombre que se arredrase por una prohibición y apartando al criado de un empujón llegó hasta la misma alcoba de Nielson, que dormía plácidamente.

Despertarlo a fuerza de zarar-

dearlo fué para el capitán cosa de unos minutos.

Cuando Nielson abrió los ojos y vió al capitán junto a él lanzó un grito de espanto.

—¡Otra vez tú!... ¿Pero qué es lo que pasa ahora?...

—¡Levántese pronto y venga corriendo conmigo! ¡La tía está abajo!...

—¿Qué tía?... —preguntó Nielson restregándose los ojos y mirando con espanto al capitán—. ¿De dónde demonios sacas tanta gente?...

—¡No puedo explicárselo! ¡Ven-ga conmigo!...

—¡Cómo te haría ahorcar!...

Hugh empezó a explicarle los últimos acontecimientos, pero el coronel apenas si le dejó articular media docena de palabras.

—No me digas nada... Ya lo sé... Eres un peligro para la seguridad pública... una amenaza constante para la gente pacífica... ¡Te has propuesto volverme loco!...

Hugh, en vez de contestarle, fué hasta una mesita, escanció una copa y se la ofreció.

—Tome una copa de coñac... Esto le despejará...

—¡Quítate de delante, condena-

do!...—gruñó el coronel—. ¡Dame el teléfono!

Obedeció Drummond y ya en posesión del aparato el inspector habló:

—Póngame en comunicación con Scotland Yard... El coronel Nielson... Sí... Mándeme dos hombres... a mi casa... para detener a un loco...

Y levantándose rabioso, dijo a Hugh:

—¡Y ahora vamos a ver a esa tía!...

Pero al llegar al despacho esperaba a Hugh otra nueva sorpresa: ¡la tía de Lola había desaparecido!...

—Nada, lo que te he dicho! ¡Loco, rematadamente loco...! ¡Vas a quedarte aquí encerrado, hasta que vengan los agentes! ¡Quiero librarme de ti de una vez para siempre... y dormir a pierna suelta hasta que se me antoje!...

Y se dispuso a encerrarlo con llave en el despacho, sin acordarse en su nerviosidad de que le quedaba a Hugh la puerta que daba a la antecámara.

Drummond le dejaba hacer sonriente.

Cuando ya iba a cerrar, le dijo:

—Déjeme el teléfono...

Hízolo así Nielson y cerrando la puerta dió dos vueltas a la llave y un momento después se hundía bajo las sábanas.

Apenas solo en su despacho, Drummond llamó por teléfono a Algy.

Este, que acababa de acostarse, tardó un momento en contestar, pero como esta vez Hugh estaba dispuesto a que sonase el timbre aunque fuese hasta el día del juicio, Algy acabó por descolgar el auricular y aplicarlo al oído, no sin pesadumbre y sin protesta de la pobre Gwen, que se veía otra vez sola.

—¿Pudiste describirlo? — preguntaba Hugh refiriéndose al radiograma.

—Hombre, te diré que tenía otras preocupaciones...

—Ya lo sé, Algy... Lo comprendo... pero si te molesto es porque el asunto es grave... Quizás un asunto de vida o muerte...

—¡Caracoles!... ¡Tienes razón... y Gwen y yo tenemos tiempo por delante...!

—Tráeme la traducción dentro de media hora a la casa del príncipe Achmed...

Terminada la conversación, Hugh se dispuso a salir, pero al hallarse en la antecámara un ruido que provenía de un armario empotrado en la pared, le llamó la atención.

—¿A que es el mayordomo?—se dijo abriendo la puerta.

En efecto, el pobre hombre estaba nuevamente atado de pies a cabeza y amordazado meticulosamente.

—¿De dónde has sacado tanta cuerda?—le preguntó Hugh dándole un empujón y volviendo a encerrarlo en el armario.

Y sin vacilar un segundo, bajó las escaleras en cuatro saltos, tomó el automóvil del garaje y se dirigió

por tercera vez hacia la casa del príncipe Achmed.

. . . . .

Aun estaban los guardias a la puerta.

¿Cómo entrar a través de aquella harrera de carne?

De pronto se le ocurrió una idea. Hizo sonar con fuerza el claxon y esperó el resultado de su estratagema.

Los dos policías, sorprendidos por aquel ruido, fueron hacia el sitio de donde provenía y aprovechando el momento, Hugh corrió hacia la puerta y sacudió sobre ella el aldabén...

## A VIDA O MUERTE

Lola Field miraba a aquellos hombres aterrorizada.

Estaba en la misma estancia donde vimos antes a su tía y Achmed la sometía a un riguroso interrogatorio.

La muchacha se defendía con energía y ni por un momento pudo notarse en ella cobardía.

—¿Dónde está mi tío?—preguntó en una pausa de su verdugo.

—Tu tío ha muerto—contestó el príncipe.

—¿Muerto?—exclamó Lola perdiendo la serenidad por primera vez.—¿Y quién lo ha matado?

—Eso es lo que menos te impor-



tu, muchacha... La cuestión es que ya no es de este mundo.

—¿Y mi tía?

—Vive... pero...

—¿Qué quiere usted decir?

—Tu vida y la de tu tía dependen de que yo consiga ese radiograma...

Lola se retorció las manos con desesperación.

—¡No lo tengo!

—¿Que no lo tienes?... ¿Es verdad eso?...

—Sí, señor...

—¿Se lo has dado al capitán Drummond?

Lola no contestó a esta pregunta.

—¡Maldición!—rugió el príncipe que veía escapársele un triunfo que ya tenía tan seguro—. ¿Se lo diste al capitán?...

—¡Oh, no... déjeme usted... que yo se lo conseguiré!...

Aquel era el momento en que Hugh llegaba a la casa.

Las aldabadas que diera al llegar llegaron a oídos del príncipe, en cuyos labios se dibujó una sonrisa diabólica.

El que llegaba no podía ser otro que el maldito capitán.

No se engañaba Achmed.

Con gran sorpresa de Hugh, que no se esperaba aquel recibimiento, el criado que fue a abrirle le dijo:

—Su alteza le aguarda.

—¿Todavía?—preguntó con sorpresa Drummond dirigiéndose a la escalera.

Sus pasos al subir por ésta fueron oídos por Achmed que, dirigiéndose a su hija que asistía a la entrevista con Lola, la dijo:

—Prepara tres hombres armados.

Y volviéndose hacia la muchacha añadió con tono amenazador:

—Su vida y la del capitán Drummond dependerán de su actitud.

La pobre Lola se estremeció al oírle y su rostro tornóse lívido.

En aquel momento entraba en la estancia el capitán.

Al ver a la muchacha, se dirigió rectamente a ella y la dijo, fingiendo una sorpresa que no sentía, pues de sobra sabía que el raptor de la sobrina y de la tía no era otro que Achmed:

—¿Usted aquí, miss Field? Venía a buscarla...

—¡Déjeme y olvídeme!—murmuró la joven, creyendo que de aquel modo salvaba al capitán y

aunque al hablar se le hacía el corazón pedazos.

—¡Imposible! ¡Usted vendrá conmigo y esta vez para siempre!

—Ninguno de los dos saldrá de aquí—dijo con firmeza el príncipe—. ¡Devuélvame el radiograma o sino me verá obligado a emplear la fuerza!...

Hugh no se inmutó ante la amenaza.

Comprendió, sí, que su proyecto de sacar de allí por las buenas a Lola había fracasado y como, por otra parte, no quería entregar el radiograma, contestó, sacando del bolsillo el revólver, que seguía ignorando estuviere descargado:

—¡Melodramático oriental, no le devuelvo nada!... Ese es un documento que debe conocer la policía y yo me encargo de ello...

Y dirigiéndose a Lola, la dijo, con una sonrisa prometedora:

—¡Miss Field, volveré después...!

Volvió luego la espalda a su enemigo y encañonando a la princesa la dijo resueltamente:

—¡Déjeme pasar o disparo!

En los labios de aquella mujer enigmática se dibujó una sonrisa burlona.

—La pistola que lleva usted en la mano está descargada...

—¿Descargada?

—Sí... Yo mismo he sacado las balas de su sitio...

Hugh la miró un momento con fijeza para ver lo que de verdad podía haber en sus palabras.

No, aquella mujer no mentía.

En un segundo se cercioró de la verdad.

La pistola estaba descargada y él se hallaba indefenso a merced de aquella gentuza.

Lejos de amilanarse en tan crítica situación, dejó fluir de sus labios una sonrisa irónica y metiéndose la pistola en el bolsillo avanzó tranquilamente hacia el príncipe que no le perdía de vista, en pie junto a una mesa en la que había un enorme candelabro lleno de bujías encendidas.

—¿Quiere darme un cigarrillo? —suplicó con el tono de voz más amable.

Obedeció triunfante Achmed a tiempo que a una seña suya aparecía en cada una de las puertas un criado armado de su correspondiente pistola.

Tendió el príncipe su petaca, de

la que Hugh extrajo un pitillo a tiempo que decía:

—Como usted ve no quiero perder mi serenidad...

—Ese radiograma — contestó Achmed—representa para mí medio millón... No ha querido usted escuchar mi advertencia... y cuando se juega se debe saber perder...

—Es verdad—contestó Hugh a tiempo que se inclinaba hacia el candelabro para encender el cigarro en una de las bujías.

Durante esta operación no perdía de vista a ninguno de sus enemigos.

Achmed tuvo una distracción de un segundo, para dar una orden muda a sus esbirros y aquel segundo lo aprovechó Hugh maravillosamente.

Rápido como el rayo, cogió con la mano derecha el candelabro y lo estrelló contra la cara del príncipe y volviéndose con no menos rapidez se precipitó sobre el más cercano de los criados, el que estaba guardando la ventana.

Un segundo después ambos rodaban por el suelo y Achmed, repuesto de la sorpresa, apuntó al grupo e hizo fuego.

Los demás criados se precipita-

ron en auxilio de su compañero y Hugh se vió sujeto y puesto en pie frente a frente del príncipe.

Y, sin embargo, cuando la situación parecía más crítica para él, era cuando Drummond parecía más tranquilo.

¿Por qué?...

¿Qué podía esperar más que la muerte, ahora que estaba desarmado y descubierto?

Achmed le miraba asombrado.

—¿Dónde está el radiograma?—dijo acercándose a él sin dejar de apuntarle con la pistola—. O me lo da o lo mato...

—¡Bah!—contestó stemáticamente Hugh sacando del bolsillo el codiciado papel, que sin traducir la clave no tenía valor alguno—. No vale la pena de que por un papelucho como éste gaste usted una bala... Tómelo...

Pero en el momento en que con un grito de triunfo se apoderaba Achmed del papel, saltaron hechos añicos los cristales de la ventana y por ella penetraron los dos *police-men* que el coronel Nielson enviara para vigilar al capitán.

—¿Qué pasa aquí? — preguntó uno de ellos, que había oído el tiro y el estruendo de la lucha anterior.



Hugh, al ver a los dos guardias, recobró todo su aplomo y volviéndose sonriente hacia el príncipe murmuró compasivo:

—¡Qué lástima, alteza!...

—¡El capitán Drummond!—exclamó el otro guardia reconociendo a Hugh.

Y añadió, dirigiéndose al príncipe:

—No se preocupe vuestra alteza, el capitán Drummond vendrá con nosotros...

Achmed tornóse livido de rabia, pero dominándose contestó:

—Pero si no ha pasado nada... El capitán Drummond es mi huésped... y...

Hugh estuvo en aquellos momentos admirable de audacia.

—De ninguna manera, príncipe—exclamó—, debo pagar mi deuda a la sociedad...

Y al hablar así dió un paso hacia los guardias y hacia la puerta liberadora.

—Vuestra alteza es muy generosa—dijo el guardia—, pero el capitán Drummond queda arrestado...

—¡Qué le vamos a hacer!—suspiró cómicamente Hugh franqueando la puerta entre los dos guardias...

Al quedarse solos, Achmed llenó de improperios a sus hombres:

—¡Idiotas! ¡Lo habéis dejado escapar!...

—No íbamos a disparar contra los guardias...

El príncipe estaba desesperado, y Lola, que había presenciado aquella escena temblando por la vida de su amigo, alzó al cielo una mirada de infinito reconocimiento.

Mientras tanto Drummond, siempre acompañado por los dos guardias, había llegado a la puerta de la calle.

Habían dado ya en ésta unos cuantos pasos y se hallaban junto al automóvil cuando Hugh, con el natural sobresalto vió llegar a Algy, que acudía puntual, sin duda a llevarle la traducción del famoso radiograma.

El capitán sintió un escalofrío de terror.

Si Algy penetraba en aquella casa, lo más probable es que no saliese con vida de ella.

De encontrarle encima la traducción su muerte era segura...

Además, conocía al infelizote de Algy y no dudaba de que lo contaría todo con la mayor sencillez.

Verdad que él tenía la culpa, pues no le había predispuesto lo suficiente contra aquellas gentes, ni dicho en calidad de qué iba a hallarse él en el domicilio del príncipe Achmed.

¿Qué hacer?

—Capitán—vino a sacarle de su ensimismamiento uno de los guardias—, no queremos detenerle, pero no vuelva a hacer esas cosas...

Hugh respiró con fuerza.

Pasase lo que pasase, si no le detenían, aún podían arreglarse las cosas.

Sin embargo, aun trató de evitar que Algy entrase en la casa.

Fuera podía serle muchísimo más útil que dentro, sobre todo si, como suponía, era portador de la ansiada traducción.

Por eso se dirigió a los guardias suplicante:

—Ese hombre que va a entrar en esa casa es mi amigo Algy...

—¿Y qué?...

—Que corre un gran peligro si entra en esa casa...

—¿Peligro? —preguntó uno de los guardias—. ¡Pero si el príncipe es la persona más amable del mundo!...

—¿De modo que lo dejan ustedes entrar?—insistió Hugh.

—¡Pues claro!... ¡No faltaba más!...

Aun hubiese terqueado Hugh, pero en aquel momento se abrió la puerta y Algy desaparecía tras ella.

Hugh se encogió de hombros ante la fatalidad y dijo simplemente:

—¡Muy bien!... ¡Buena noche!...

Y se alejó resueltamente de los guardias.

EN LA BOCA DEL LOBO

Era efectivamente Algy el que cumpliendo las órdenes de su amigo Hugh, iba a la casa del príncipe Achmed para entregarle ¡al fin! la traducción del radiograma, que había logrado obtener tras improbos esfuerzos.

Y es que Algy era una maravilla descifrando las más enrevesadas claves secretas.

En Scotland Yard tenía fama como descifrador de jeroglíficos.

Apenas había caído el aldabón sobre la puerta, cuando ésta se abrió y Algy se encontró frente a uno de los esbirros del príncipe que le miraba con curiosidad.

¿Quién sería aquel tipo tan original?

El mismo Algy dió contestación inmediata a esta muda interrogación del cancerbero.

—¿Está el capitán Drummond? —preguntó el marido de Gwen quitándose respetuosamente el sombrero.

—¿Es usted amigo suyo? —preguntó el criado.

—Soy su brazo derecho—contestó enfático Algy, que al decir esto se consideraba casi un personaje.

—¡Ah! En ese caso tenga la bondad de seguirme.

Y después de cerrar la puerta, el criado guió al visitante hasta la estancia en donde se hallaba su amo, la misma habitación en donde tuviera la lucha anterior.

Achmed al ver a Algy adelantóse hacia él preguntando:

—¿Qué deseaba, caballero?

—Soy un amigo del capitán Drummond.

—¿Y qué desea?—preguntó empezando a interesarse el príncipe.

—Me citó en esta casa hace media hora...

—¿De veras?...

—Como tengo el honor de decirlo... Conseguí descifrar...—empezó a decir ingenuamente Algy.

Achmed se estremeció de gozo.

—¿El radiograma?

—¡Ah, sabía usted!...—se admiró Algy.

—¡Claro, hombre!... Precisa-



mente de eso estábamos hablando hace un momento con su amigo... ¿Y tiene usted la traducción?—preguntó Achmed sin disimular la ansiedad.

—Naturalmente; hubiera sido estúpido no traerla...

—¿Démela! —dijo Achmed con voz alterada, circunstancia que no dejó de sorprender a Algy a pesar de toda su torpeza.

Comprendió que había obrado de ligero.

¿No le había dicho Hugh que sospechaba de aquel príncipe oriental?

¿No le apuntó hasta la sospecha de que hubiese asesinado al tío de Lola Field?

—Pero el caso es que a mí quien me ha encargado este trabajo —murmuró sin saber lo que decía— es el capitán Drummond y es natural que sea a él a quien se la entregue...

Ya se disponía el príncipe a contestar con violencia cuando sonó el timbre del teléfono.

Acudió Achmed a la llamada y, entretanto, Algy tuvo una estupenda inspiración.

Aprovechando la circunstancia de que mientras hablaba Achmed

le volvía la espalda, Algy sacó el papel en que había escrito la traducción del célebre documento y después de hacerlo una bolita lo más pequeña posible, se la introdujo en la boca y se la tragó heroicamente, no sin grandes esfuerzos y corriendo el peligro de ahogarse.

El que llamaba al teléfono no era otro que el inspector de Scotland Yard.

—¿El coronel Nielson? —dijo sorprendido Achmed.

—El mismo...

—¿Cómo está, coronel? —preguntó el astuto oriental fingiendo el tono más amable de voz.

—Le he molestado tan tarde para hacerle una advertencia—seguida la voz del cascarrabias inspector.

—Usted no molesta nunca, coronel.

—Se trata de ese demonio de capitán Drummond...

—¡Ah!...

—Sí... se le ha metido en la cabeza no sé qué historia de cadáveres y aparecidos en su casa y tengo la seguridad de que va a hacer alguna de las suyas... Le había encerrado en el despacho, pero no sé cómo demonios se escapó... Como está medio loco, no me extrañaría

que intentase entrar por las ventanas... y por eso he querido avisarle.

—¡Oh, muchas gracias, coronel! Si le da por venir, le gustaremos alguna broma... Descuide... Si... ya le contaré... Adiós, coronel.

Colgó Achmed el aparato dibujando sus labios una sonrisa burlona y volvió junto a Algy, que le esperaba con aquella cara de tonto que era su *indumentaria* habitual.

—¡Deme ese papel!—le dijo el príncipe autoritariamente.

—Demasiado tarde, señor—contestó Algy haciendo esfuerzos para hablar, porque la bolita de papel estaba aún a mitad de su camino.

—¿Tarde; por qué? ¿Qué quiere usted decir?

—Que me lo comí...

—¡Se lo ha comido usted!...

—Claro—contestó Algy con sencillez—. ¿No le dije que ese papel lo traía para el capitán Drummond?

Achmed estaba hecho una fiera.

Llamó a gritos a los criados y señalándoles al amigo de Hugh, les dijo perdidos los estribos:

—¡Encerradlo en la cueva!

Algy, impasible, sin alterarse un solo músculo de aquella cara de cemento que Dios le diera, se resignó

con su suerte y un minuto después se hallaba encerrado en una habitación relativamente ancha en los sótanos de aquella casa de misterios.

Achmed una vez cumplidas sus órdenes preguntó a su hija:

—¿Dónde está la chica?

—Arriba con su tía.

—Pues de grado o por fuerza, será preciso que nos diga lo que decía el radiograma, pues ese imbécil se ha tragado la traducción...

Mientras ocurrían estas escenas, Hugh Drummond no había perdido el tiempo.

En cuanto comprendió que los guardias, que se habían alejado algunos pasos, no podían verle, volvió a encaramarse por aquella parte de la verja que él sabía fácil de franquear y llegaba al pie del muro.

Ya había demostrado anteriormente que tenía algo de gato y que el escalar paredes era para él un juego de niños.

Volvió, pues, a trepar audazmente, agarrándose con pies y manos a los salientes de la pared y, guiado por unas voces que llegaban a sus oídos, no tardó en llegar hasta el

segundo piso, frente a una ventana oscura, pero de la que llegaba hasta él un rumor de conversación apagada.

Prestó oído atento y reconoció las voces.

Las que hablaban eran Lola y su tía.

¿Dónde las tenían encerradas?

Hugh no se detuvo mucho tiempo a reflexionar, sino que saltando al interior de la casa y guiado por las voces atravesó un pasillo y llegó hasta una puerta por bajo de la cual se filtraba un rayo de luz.

Suavemente llamó con los nudillos a la puerta diciendo en voz queda:

—Lola... ábrame. Soy yo. St... Drummond...

Un segundo después se abrió la puerta sigilosamente y Hugh se encontraba ante las dos mujeres.

—¡Silencio! — les dijo poniendo un dedo en sus labios—. No hay tiempo que perder si queremos vernos libres de las garras de esos hombres...

—¿Pero cómo ha llegado hasta aquí?—preguntó Lola en voz baja, como un suspiro.

—Por el mismo camino que va-

mos a seguir ahora para salir de esta mazmorra...

Hugh miró a todas partes ansiosamente.

El había podido subir a gatas hasta allí, pero el descenso de las dos mujeres no podía efectuarse por el mismo procedimiento.

Si él encontrase una cuerda...

—¿Qué busca usted? — preguntó Lola que seguía atentamente todos sus movimientos.

—Una cuerda o algo parecido—contestó Hugh prosiguiendo sus pesquisas hasta entonces infructuosas.

Pero un momento después por poco deja escapar un grito de alegría.

En un rincón, tras unos baúles halló una soga lo bastante resistente para el fin a que la destinaba.

Medida, le pareció lo suficiente larga para llegar hasta el suelo.

Ya más tranquilo, expuso su plan.

—Primero — dijo dirigiéndose a la tía de Lola—, voy a sacarla a usted, que es desde luego la más amenazada.

—¿Y cómo?—preguntó la pobre señora temblando.

—Por medio de esta cuerda. Voy



a atarás al montante de la ventana. Usted se cogerá con fuerza a mi cuello y la bajará hasta el jardín... Pasar de allí a la calle es fácil y en la calle tengo un auto esperando...

—Pero...

—Si tiene miedo, cierre los ojos durante el descenso... Yo respondo de que llegaremos abajo sanos y salvos... Luego subiré por Lola... ¡Pero no hay tiempo que perder!... ¿Está usted dispuesta?

—Cuando quiera, amigo mío, y Dios se lo pague...

Tía y sobrina se abrazaron tiernamente y un momento después empezaba el descenso...

No ocurrió ningún contratiempo y como había dicho muy bien Hugh le fué muy fácil a éste llevar, una vez en el jardín, al otro lado de la verja a la pobre señora.

Llegados al auto, dijo al chofer:

—Lleve a esta señora hasta un hotel cualquiera que no sea el East India y luego vuelva aquí mismo y espéreme...

Y despidiéndose de la dama, recorrió a la inversa el mismo camino que les llevara hasta allí.

El auxilio de la cuerda mitigó ahora las penalidades del ascenso y

poco después Lola llegaba también a la calle sana y salva.

En el mismo instante se detenía el auto a pocos pasos de ellos.

—Suba usted al coche y vaya al piso del coronel Nielson, que como sabe usted vive en la misma casa que yo. Cuéntele lo que ha pasado y vayan a esperarme al muelle donde está atracado el "Bombay Girl".

—¿Qué intenta usted?—preguntó Lola angustiada.

—Algo peligroso, pero que es indispensable — contestó Hugh sin querer ser más explícito y añadió acercándose a la muchacha:

—¿Le gusta a usted la malvarrosa?

—Mucho, ¿por qué?

—Nada. Es lo que quería saber.

Partió el auto a gran velocidad y el capitán Drummond saltando nuevamente la verja no tardó en hallarse al pie del muro.

—Y ahora—se dijo sonriente—, vamos a meternos en la boca del lobo... Hay que salvar a ese pobre Algy...

Y mientras gateaba por la pared, murmuró burlón:

—¡Todo se lo merece la pobre Gwen, ¡que debe de estar pusando una noche, la pobrecilla!...

## UNA SENTENCIA DE MUERTE

Cuando Achmed se hubo asegurado—así lo creía él por lo menos—de que de tía y sobrina estaban bien encerradas, recordó su conversación con el coronel Nielson.

Según el inspector era probable que Hugh Drummond le hiciese aún una visita aquella noche.

Tenía la seguridad de que ocurriría así, máxime después de la captura de su compinche.

Y recordó el camino que según el mismo coronel había de seguir el capitán en la aventura...

Por eso, sin poder contener una sonrisa irónica, dijo dirigiéndose a sus criados:

—Dejad abierta la ventana y apagad las luces...

—¿Esperas algo? — preguntó su hija que acababa de entrar en aquel momento.

—Sí... Según me ha dicho el coronel Nielson, su amigo Drummond no tardará en venir y esta vez va a entrar aquí por la ventana...

—Lo que hay que procurar—dijo aquella extraña mujer— es que no se nos vuelva a escapar...

—Lo procuraremos — contestó Achmed con un gesto repugnante.

Y dirigiéndose a los criados les advirtió severo:

—Vosotros escondeos cerca y en cuanto este hombre entre aquí caed sobre él y que no ocurra como antes.

Lo que no podía sospechar Achmed era que Hugh Drummond, si bien se proponía entrar, efectivamente, por aquella ventana, no pretendía oponer la más leve resistencia a su captura.

Para él lo primordial ante todo era reunirse con Algy al que muy cuerdamente suponía encerrado en algún camaranchón.

Y sobre todo ganar tiempo.

En libertad tía y sobrina, para él todo estribaba en la velocidad que emplease el coronel Nielson en cumplir su encargo... y en su buena

suerte, en la que seguía teniendo una gran confianza.

Por eso no le sorprendió en lo más mínimo el verse atacado violentamente apenas hubo franqueado la ventana.

Los criados cayeron sobre él como unas fieras.

Hugh no dejó de repartir algunos puñetazos, *deporte* éste en el que no era manco, ni mucho menos.

Cuando se hizo la luz y vió a Hugh frente a sí, el príncipe le dijo entre burlón y nervioso:

—Es imprescindible que, sea como sea, me dé usted la traducción del radiograma...

—¿Pero no se la ha quitado usted a Algy?—preguntó el capitán esperando ansiosamente la respuesta, aun cuando disimuló su profunda ansiedad maravillosamente.

—¿Ese imbécil se la ha tragado!

—¿Le ha visto usted el juego?—preguntó Hugh pálido de aquella supuesta sagacidad de su compañero.

—Lo que ha hecho ha sido tragarse la traducción.

—¿El papel?—preguntó a punto de estallar Drummond.

—¡Sí! — confirmó el príncipe fuera de sí.

Drummond soltó una carcajada homérica y durante unos momentos tuvo que hacer desesperados esfuerzos para contener la hilaridad que se había apoderado de él.

—¡Drummond!—rugió Achmed, perdida toda compostura—. ¡No se ría usted de ese modo, porque le advierto que por obtener esa traducción soy capaz de llegar hasta el asesinato!

—¿Por eso nada más?—preguntó zumbón Hugh—. Yo creo que para usted el asesinato es un juego de niños. Y si no que se lo pregunten al desgraciado tío de Lola...

—¡Cállese usted! — chilló descompuesto el príncipe.

Hugh lo miró despreciativamente de arriba abajo y le escupió materialmente al rostro:

—¿Es usted el canalla más grande que he conocido!

El príncipe estuvo a punto de arrojarle sobre él.

Pero se contuvo.

No era en aquellos momentos insulto más o menos lo que le interesaba verdaderamente.

Necesitaba transigir para llegar hasta el fin de aquella intriga.

Por eso haciendo un violento es-



fuerzo sobre sí mismo, dijo a nuestro héroe:

—Usted no le da importancia a su vida...

—Al contrario. La quiero mucho... No he llegado aún a la vejez y espero y quiero vivir todavía muchos años...

—Eso lo veremos — contestó el príncipe enigmáticamente—. Por lo pronto voy a decirle una cosa.

—Alguna majadería—dijo Hugh encogiéndose de hombros con absoluta indiferencia.

—A las cuatro quiero ver la descarga del "Bombay Girl".

—¿Y en qué puede afectarme a mí eso? — preguntó Hugh, que sin embargo, estaba intrigadísimo por aquellas palabras.

—Le afecta en más de lo que puede suponerse. Voy a encerrarle a usted en la cueva... con su amiguito. En usted está que él le comunique el texto de esa traducción... Le he dicho que a las cuatro quiero estar en el muelle... Son las cuatro menos veinte—añadió consultando el reloj—, de modo que tiene usted veinte minutos para decidirse... ¡Ni uno más ni uno menos!

## ASTUCIA DIABOLICA

Como había dicho Achmed, los esbirros de éste condujeron a Hugh hasta la misma cueva en que encerrarán minutos antes a Algy.

Este estaba sentado sobre una caja vacía y ofrecía el mismo aspecto ensimismado de siempre.

Sólo de cuando en cuando murmuraba haciendo un guiño especial con los ojos:

—¡Vaya una noche de bodas!... Cuando vió entrar a su amigo, ni se movió del sitio.

—¡Hola, Algy!

—¡Hola, Hugh!

Se saludaban como si hiciera cinco minutos que no se hubieran visto y como si se encontrasen ante la mesa de un café.

—Ya me ha contado ese animal

tu hazaña — dijo Hugh sentándose junto a su amigo.

—¿Qué hazaña?

—El banquete de la traducción.

—¡Hip! — hipó Algy que aun tenía la bola atravesada.

—Te felicito, Algy. Ha sido un acto heroico...

—¡Bah! ¿Qué querías que hiciera... que se la diera a él? — se limitó a contestar el marido de Gwen.

—Y oye, Algy... ¿Recuerdas lo que decía esa traducción? ¿Supongo que no te habrás tragado la memoria? — rió Hugh que no daba en aquel trance tan crítico muestra alguna de inquietud.

—Sí. Era un texto corto. Estaba dirigido a Paul Field y decía: "Informe a príncipe Achmed que Rogers falleció de un "cólico".

—¿De un cólico? — preguntó extrañado Hugh.

—Es una enfermedad de niños.

—¿Qué cosa más rara! — murmuró el capitán—. Eso debe estar equivocado. Es imposible que el marinero muriera de eso...

—No sé... Eso es lo que yo pude descifrar...

—Debió morir de otra manera — insistió Hugh—. Quizá murió ase-

sinado o secuestrado. Tenemos que descubrir eso...

—¿Y después podré irme a dormir? — preguntó Algy ingenuamente y sin acordarse de dónde se hallaba—. Me estoy muriendo de sueño... y además ya sabes que me está esperando mi mujer...

—Ya lo sé... y comprendo que estés cansado y que tengas interés por encontrarte a su lado... pero...

—¿Pero qué? — preguntó Algy mirando como atontado a su amigo.

—Pues que primero tenemos que ver el modo de salir de aquí... pues de lo contrario lo veo difícil.

—Pues es verdad — murmuró Algy, como si en realidad no se lo hubiese ocurrido aquello.

Hugh empezó a hurgar por todos los rincones de la cueva.

Era difícil salir de allí...

No había ninguna ventana y la habitación no tenía más puerta que aquella por donde entraran ellos y seguramente estaría guardada.

De pronto algo atrajo su atención poderosamente.

Acababa de ver un extraño teléfono en una de las paredes, muy cerca de la puerta.

Examinado el aparato más de

cerca Drummond hizo un gesto de desaliento.

Aquello no era un teléfono corriente.

Se trataba de una centralilla automática interior.

Podía hablar con el resto de la casa, pero nada más.

Y sin embargo...

Descolgó el auricular y sonó un timbre.

—¡Allo! ¡Allo!...—llamó repetidas veces.

Por fin oyó lo que esperaba: la voz del príncipe.

—Buenas noches, querido oriental. ¿Qué tal por ahí arriba?

—No tan bien como usted—contestó zumbón Achmed.

—Lo supongo. Debe usted de estar muy nervioso... ¿verdad? ¿Qué tal la presión arterial?

Al otro lado del hilo se oyó una carcajada.

—Estás usted de buen humor—dijo el príncipe—, pero le advierto que sólo le quedan once minutos para decidirse.

—Dentro de 10 minutos—contestó Hugh muy tranquilo—, destruiré todo su plan.

Y añadió imitando la manera de hablar del príncipe:

—¡Diez minutos!... ¡Ni uno más ni uno menos!

Repitió la última frase dos veces y colgó el auricular yendo a sentarse otra vez junto a Algy.

—¿Qué plan es el que tienes?—le preguntó éste intrigado y no sin cierta admiración.

—No lo sé—contestó Hugh que era sincero en aquel momento—, pero si lo hacemos podemos ser catalogados como héroes...

Reinaron unos momentos de silencio.

Los dos cerebros trabajaban activamente.

Hugh, que no podía permanecer mucho tiempo inactivo, volvió a ponerse en pie y fué otra vez hasta la centralilla.

Ya allí empezó a apretar los diferentes botones, a veces casi todos a un tiempo, poniendo en funcionamiento con un concierto endemoniado todos los teléfonos parciales de la casa y todos los timbres eléctricos...

Era un juego que le entretenía y que tenía la seguridad de que sacaría de sus casillas a Achmed.

En efecto éste se tapaba los oídos furioso, hasta que al fin logró serenarse y exclamó:



—¡En otras circunstancias admiraría a este hombre! ¡No pierde la cabeza un momento!

Ahora sólo sonaba el timbre de su teléfono.

Cogió el auricular y preguntó:

—¿Es usted, Drummond?

—El mismo.

—¿Ha reflexionado usted?

—No me he tomado ese trabajo —dijo la voz zumbona del capitán.

—No le he llamado para eso...

—Pues entonces, ¿para qué? —preguntó el príncipe intranquilo.

Hugh, que se había dado cuenta de la impaciencia de su interlocutor, tardó intencionadamente un momento en contestar.

Al fin dijo pausadamente:

—¡Le llamaba para decirle que la señora Field ha conseguido huir!

A través del aparato que era en aquellos momentos una verdadera caja sonora se oía todo cuanto se hablaba en el despacho del príncipe.

Hugh oyó las órdenes de Achmed a sus criados para que fueran a averiguar lo que hubiese de cierto en la afirmación del capitán.

Mientras los criados cumplían sus órdenes reinó un momento de silencio.

—Oye, Hugh—dijo entonces Achmed, como si despertase de un sueño—. ¿Por qué no intentamos el golpe aquel?

—Eso es lo que vamos a hacer.

Pero se interrumpió en el acto e impuso silencio a su compañero.

Los criados del príncipe habían regresado de sus investigaciones y uno de ellos, más muerto que vivo, decía a su amo:

—¡La vieja ha desaparecido!

—¡Imposible! —rugió Achmed dando un terrible puñetazo sobre la mesa—. ¡Estaba encerrada!

—¡Pues encerrada y todo se escapó!—zumbó Hugh despiadado.

—¿Habéis buscado en el cuarto de la muchacha?—volvió a preguntar la voz del oriental.

Hugh no le dejó casi terminar su pregunta.

—¿Habla usted de miss Field?

—preguntó muerto de risa.

—¡Sí!...

—También se ha ido...

Y tras una carcajada irónica de letreo en el mismo tono de antes:

—¡Ocho minutos! ¡Ya no faltan más que ocho minutos!... ¡Ni uno más ni uno menos!...

Y sus carcajadas atronaron el espacio durante unos minutos.

—¡Imposible! — decía Achmed que ya había descendido a discutir con él—. ¡La muchacha no puede haberse escapado, porque está en una habitación sin ventanas y usted...!

—¡Pues que vayan a verlo y saldrá usted de dudas! — aconsejóle Hugh que se divertía con la intranquilidad de su interlocutor.

Dió éste, en efecto, las órdenes oportunas a sus criados y un minu-

to después regresaban éstos lívidos, temblorosos, desencajados.

—¡También ha huido la chica!

—¡Maldición! — se oyó rugir al príncipe que parecía haber perdido por completo los estribos.

Hugh, refa a carcajada burlante, mientras Algy, meneando filosóficamente la cabeza, exclamó compongo:

—¡Vaya una noche de bodas!

## OTRA VEZ EN LIBERTAD

Por fin tuvo un fin la hilaridad de Hugh.

Miró el reloj y vió que estaba a punto de terminar el plazo señalado.

Volvióse entonces a Algy y le dijo:

—No hay tiempo que perder...

Abandonó los botones de la centralilla y recomendó a su amigo que guardase el más absoluto silencio, ya que cuanto se hacía en la

cueva podía ser oído perfectamente desde arriba.

—Vámos a estarnos callados un momento y cuando no perciban ruido alguno bajarán a ver y entonces es el momento de poner en práctica aquel medio de que me hablabas antes.

Dicho esto fué a un rincón en donde había una especie de torno del que la manivela era articulada.

Haciendo un poderoso esfuerzo logró separar esta última de aquél y ya provisto de lo que en sus manos podía resultar un arma de valor incalculable, los dos amigos se colocaron al lado de la puerta por la parte en que ésta al abrirse había de ocultarles a la vista de quien llegara.

Su estratagema no tardó en dar el resultado apetecido.

Sorprendido Achmed por aquel silencio repentino y escamado con la fuga de las mujeres, temió en alguna diablura de Hugh y mandó a uno de los criados a averiguar lo que estaba pasando en la cueva.

El mensajero, pese a tener todas las ventajas de su parte, no las tenía todas consigo y así una vez llegado abajo abrió la puerta de la cueva con toda clase de precauciones.

Los dos amigos contenían la respiración y el hombre ya abierta la puerta adelantó la cabeza con precaución mirando a todas partes con recelo.

Hugh levantó el arma contundente de que estaba provisto y en el momento en que el criado sacó la cabeza del todo y ya se volvía hacia el rincón en que ellos

se hallaban, dejó caer la barra de hierro violentamente sobre él.

El golpe fué terrible y aquel desgraciado sin lanzar ni un suspiro cayó en tierra como un buey derribado por un mazazo.

Hugh y Algy se miraron sonrientes.

Su estratagema había dado el resultado apetecido.

Drummond se inclinó sobre el caído y se apoderó de la pistola que aun empuñaba en su diestra.

Libres y armados, Hugh dijo a su compañero que se frotaba las manos de satisfacción:

—¡Vamos, Algy! No tenemos tiempo que perder... Estamos libres y armados y ¡ay del que se ponga en nuestro camino!

Salieron de la cueva y empezaron a subir una empinada escalera.

Marchaba delante Hugh con la pistola en ristre, seguido de su amigo que se pegaba materialmente a su cuerpo procurando hacer el menor ruido posible.

En esta forma recorrieron el primer tramo de escaleras sin encontrar a nadie... o creyéndolo así al menos.

Y decimos esto, porque al llegar



al primer descansillo de la escalera, otro de los criados que se dirigía a auxiliar a su compañero, si era necesario, los vió llegar y ocultándose rápidamente les dejó pasar, siguiendo luego y en el mismo silencio detrás de Algy, apuntando a éste con su pistola.

Sin otro tropiezo llegaron los dos amigos a la misma habitación desde la que les hablara por teléfono el príncipe.

Este al verlos llegar se levantó de la silla en que estaba sentado y salió a su encuentro.

Hugh apuntándole con su pistola le dijo zumbón:

—¿De modo que a las cuatro iba a sonar mi hora? Aun no son las cuatro, alteza, pero me parece que se han cambiado los papeles.

Estaba tan contento del buen resultado de su fuga, que ni se fijó en la expresión particular del rostro de Achmed.

Este, que había visto al criado seguir a los fugitivos, estaba completamente tranquilo sobre el desenlace final de aquella aventura y no abrigaba el más mínimo temor.

Por eso no se mostró intimidado ante la amenaza.

Sin embargo, Achmed no pudo

por menos de admirar el tesón y la valentía de aquel hombre que conservaba el buen humor y la tranquilidad en los momentos más dramáticos de la lucha, y no pudo por menos de exclamar admirativo:

—Veo que es usted un adversario terrible... pero en este caso no podemos repartirnos la victoria... que es toda mía...

Como si estas palabras hubiesen sido una señal, el hombre que iba tras nuestros amigos lanzó un potente "¡Manos arriba!"

Hugh y Algy, sorprendidos por aquel final inesperado y no sabiendo el número de enemigos que tenían a su espalda, obedecieron la intimación en el acto.

Achmed dejó oír una risita socarrona y dijo dirigiéndose al capitán que le miraba atónito:

—¡Tiene usted desgracia, amigo Drummond! ¡Otra vez se han trocado los papeles!

Drummond no perdió la serenidad y procurando ganar tiempo, contestó:

—No se regocije por un triunfo que no lo es sino de una manera algo imperfecta.

—¿Imperfecta?—preguntó Achmed sonriendo despreciativamente.

—Dentro de poco dirá usted lo contrario.

—Puede ser — contestó el capitán —, pero le advierto para su gobierno que una copia del radiograma está en camino de Scotland Yard... si es que no ha llegado allí ya... Lola Field es la portadora... Además — añadió procurando ganar tiempo —, su tía está desempeñando otra misión no menos importante... Usted no sabe de las cosas de que soy yo capaz en veinte minutos, querido príncipe oriental...

Sus palabras, contra lo que él esperaba, en lugar de amilanar a Achmed sirvieron para todo lo contrario.

El huido, cambiando el tono de voz y presa de una cólera que ahora ya no podía disimular, le dijo de manera perentoria:

—Todo eso no me importa... ¡Es ya tarde para que las cosas tengan remedio! Dentro de media hora mi barco habrá terminado su cuarentena y habrá sido descargado.

Al oír estas palabras, Hugh, como si se tratase de la cosa más natural, se volvió a Algy y le dijo rápidamente:

—¡Vamos, Algy... no tenemos tiempo que perder!

El capitán trataba de provocar un tumulto.

Recordaba perfectamente que en la puerta, como la otra vez, estarían de guardia los policías que apostara el coronel para detenerle y no dudaba de que al oír el ruido de la lucha acudirían en su socorro.

Por eso, aun exponiéndose a ser alcanzado por una bala, se dirigió decididamente hacia la puerta seguido por su amigo.

Achmed aun trató de detenerlos y apuntando con su pistola al capitán le dijo conminatorio:

—¡O me da ese radiograma o le mato!

Hugh soltó una carcajada y siguió corriendo hacia la puerta.

Achmed hizo fuego, más que para matarlo, para intimidarle y su bala pasó rozando la cabeza del pobre Algy, que pareció vacilar sobre sus pies, aun cuando no había sido tocado.

El disparo fué la señal de la lucha y un momento después el despacho era un campo de Agramante.

Pero de pronto se produjo el resultado esperado por el astuto capitán.

Uno de los cristales de la venta-

na saltó hecho aficos y a poco se abrieron los batientes para dar paso a los dos policías que acudían al sitio de la lucha, como las perdices al reclamo.

Al verlos Hugh soltó una carcajada de triunfo y dijo dirigiéndose al príncipe que se había vuelto livido:

—¡Alteza... esta noche no tiene usted suerte!

Achmed se retorció las manos con desesperación.

¡Otra vez se le escapaba aquel hombre maldito!

Uno de los guardias, el que parecía ser jefe de pareja, exclamó dirigiéndose a Hugh:

—¡Pero, capitán! ¡Le dije que no volviera! ¡Esto no es serio!

Hugh contestó fingiendo una cómica humildad y mirando a los actores de esta escena con picardía:

—Yo bien quería irme, amigo... pero su alteza no me dejaba... De no ser así no me hubiesen ustedes encontrado aquí dentro... ¿verdad, alteza?

Achmed trató de enmendar las cosas y contestó:

—Claro... En realidad no debía

usted de marcharse aún. Precisamente ahora que iba a invitarle como se merece.

El guardia no le dejó continuar aquel discurso improvisado.

—Es usted muy amable, señor, y siento llevarle la contraria, pero... ¡órdenes son órdenes y a mí me han mandado que detenga al capitán Drummond y sobre todo que no le deje permanecer ni un minuto en esta casa! ¡Me lo han mandado y no tengo más remedio que obedecer!

Y volviéndose a Hugh le dijo autoritario:

—¡Venga con nosotros, capitán!

Este no se hizo de rogar, porque precisamente era aquello lo que estaba deseando.

Fué hasta el borde de la ventana, seguido de Algy, que había recobrado su fiema habitual y en el momento de ir a salir, volvióse al príncipe y le dijo haciéndole una burlona reverencia:

—Yo también hubiera querido quedarme, alteza, pero... ¡órdenes son órdenes!

Y siguió a los policías muerto de risa.



## -HUGH SIENTA AL FIN LA CABEZA

Mientras ocurrían las escenas que hemos acabado de relatar, Lola Field, cumpliendo las instrucciones que la diera el capitán Drummond, llegaba a la casa de éste y subía apresuradamente a las habitaciones del inspector.

Al criado que salió a abrir la puerta preguntó si podía ver al coronel.

El fámulo, sorprendido de aquella visita nocturna de una mujer desconocida, trató de oponerse a su paso y contestó:

—¡Pero, señorita! ¡Si el coronel está durmiendo!

—Ya lo sé—respondió Lola sin inmutarse—, pero es indispensable que le vea. Se trata de un asunto urgente y grave...

—El caso es que tengo órdenes severas — trató aún de oponerse aquel hombre sin franquear el paso.

—Le he dicho a usted que se tra-

ta de un asunto gravísimo y no puedo esperar—insistió Lola.

Y apartando a un lado al guardián echó a correr pasillo adelante no tardando en llegar a la alcoba del coronel, en la que entró sin detenerse.

Ya junto a la cama, zarandeó al dormido brutalmente, gritando:

—¡Coronel Nielson! ¡Coronel Nielson!

El pobre coronel se despertó sobresaltado y se quedó con la boca abierta al ver la clase de despertador que tenía delante.

—¡Señorita!—exclamó sorprendido.

—Usted perdone, coronel—dijo rápidamente la muchacha—. ¡Vengo de parte del capitán Drummond!

—¡Otra loca!—exclamó Nielson llevándose las manos a la cabeza—. ¿Pero es que ese demonio de Hugh no va a dejarme en paz en toda la noche?

—¡Han matado a mi tío y lo ma-

tarán a él—clamó Lola con una desesperación que no era fingida.

La muchacha conocía los medios expeditivos del príncipe Achmed y temía fundadamente por la vida del capitán.

—¿Pero quién ha matado a su tío? — preguntó Nielson incorporándose y saltando al fin de la cama.

—El príncipe Achmed. El que ahora tiene en su poder a Drummond.

—¿También usted se ha creído ese cuento chino? — contestó furioso el inspector.

—No es un cuento chino, señor Nielson. El príncipe mató a mi tío y nos secuestró a mi tía y a mí. Hugh ha sido quien nos puso en libertad. Acabe de vestirse y vámonos, porque no hay tiempo que perder...

—¿Pero a dónde vamos?—preguntó el coronel vencido al fin y poniéndose rápidamente el abrigo y el sombrero.

—¡Al puerto... no debemos dejar descargar el barco!—contestó Lola precipitándose por las escaleras seguida del inspector—. Ya le iré dando más detalles por el camino.

Hugh Drummond y Algy, al sa-

lir de la casa del príncipe y tras no pocos trabajos para convencer a los guardias de que los dejaran marchar, subieron en un automóvil que casualmente pasaba en aquellos momentos y se dirigieron a toda marcha hacia el muelle.

Una vez allí no tardaron en dar con el fondeadero del "Bombay Girl", que como había dicho el príncipe, terminada la cuarentena que le fuera impuesta por las autoridades de sanidad marítima, se disponía a descargar el cargamento de pieles de que era portador.

A la primera ojeada comprendió Hugh que habían llegado a tiempo.

Y precipitándose a la rampa de entrada pistola en mano, dijo a los marineros que trataban de cerrarle el paso:

—¡Scotland Yard!

A este solo nombre, que representaba la autoridad, aquellos hombres se apartaron a un lado y dejaron pasar a nuestros dos amigos.

—¡De prisa, Algy!—gritó Hugh escalando el puente y metiéndose en lo que debía de ser camarote del capitán.

Una vez allí, cerró la puerta por dentro y dijo a su amigo:

—Registra por todas partes a ver

si das con la clave... Yo entretanto voy a impedir la descarga.

Y mientras Algy registraba mesas y cajones y viendo que la mayoría de los cajones estaban cerrados, se apoderaba de un hacha y empezaba a hacer astillas los muebles, Drummond salió del camarote y por el puente se dirigió a las escalerillas de hierro que conducían al departamento de máquinas.

En el trayecto hasta el buque había madurado un plan y estaba dispuesto a llevarlo a término, costase lo que costase.

Como un auténtico lobo de mar se deslizaba por aquellas escaleras aéreas en las que un resbalón o un paso en falso podía significar no sólo una caída, sino la muerte.

En pocos minutos llegó al departamento de máquinas, y de allí siempre pistola en mano llegó hasta el lugar en que los fogoneros se hallaban alimentando los hogares de las calderas.

—¡Arriba las manos! — gritó Hugh amenazando con disparar.

Los trabajadores abandonaron las palas y obedecieron rápidamente la orden.

—¡Fuera de aquí! — continuó ordenando Hugh—. ¡Scotland Yard

se ha hecho cargo del buque! ¡Soban a cubierta y esperen órdenes!

Obedecieron los aludidos y un momento después Drummond estaba completamente solo frente a las bocas de fuego.

Sin perder un minuto, pues comprendía que había que adelantar los acontecimientos, cogió una pala y sacando las brasas encendidas las esparció por el suelo.

Cuando ya las llamas empezaban a hacer irrespirable aquella atmósfera y prendían en los cajones y utensilios esparcidos a lo largo del corredor, fué hasta un montón de cajas que había en uno de los extremos del pasillo y apoderándose de un bidón de gasolina lo arrojó en medio de las llamas.

Repitió la operación más tarde en una de las escotillas y un momento después la panza del "Bombay Girl" era un enorme brasero.

En aquel momento llegaba al muelle el príncipe Achmed, que al darse cuenta de lo que sucedía se retorció las manos con desesperación.

Al verle llegar acudieron a su encuentro los marineros del buque, que en pocas palabras le explicaron



los acontecimientos que acababan de desarrollarse.

Achmed, ciego de ira, amenazó con el puño cerrado a su invisible enemigo y dijo a sus hombres:

—¡Cien libras al que me traiga a ese loco, vivo o muerto!

Los marineros, no tanto por ganar la prima, cuanto por vengarse de aquel hombre que les había burlado, se precipitaron a bordo.

Pero ya las llamas salían por las escotillas y aun los más atrevidos retrocedieron lanzando aullidos de terror.

El "Bombay Girl" amenazaba ser pasto de las llamas.

Fué en estos críticos instantes cuando llegó al puerto el coronel Nielson, que viendo al pie de la escalerilla al príncipe Achmed, le preguntó:

—¿Qué es lo que pasa aquí?

—¡Es ese loco de Drummond— contestó el príncipe—que ha prendido fuego a mi barco!

Nielson se llevó las manos a la cabeza.

Y se dispuso a dar las órdenes oportunas para que sus hombres sacasen de allí vivo o muerto al capitán.

Pero no fué necesario cumplir

esta orden porque en aquel momento entre un haz de llamas saltó por una de las escotillas Hugh, que atravesando la cubierta incondiada bajó la escalerilla y se acercó al grupo formado por el príncipe, el coronel y Lola, que se hallaban rodeados de policías y marineros.

Con la mano tendida hacia el coronel le dijo sonriente y como si se hallasen fuera de todo peligro.

—¡Oh, inspector, qué temprano! ¡Siempre he dicho que era usted el más celoso funcionario de Scotland Yard!

Pero el inspector no estaba ciertamente para burlas y revistiéndose de toda su autoridad gritó malhumorado:

—¡Aquí acabaron las bromas!... ¿No tienes bastante con no haberme dejado dormir en toda la noche, que ahora me planteas otro conflicto grave? ¡Voy a encerrarte para toda la vida, maldito loco!...

—¡Usted me pagará hasta el último chelín! — gritó furibundo el príncipe Achmed.

—¿Está usted seguro?— preguntó Hugh volviéndose hacia su interlocutor y mirándole zumbón de arriba abajo.

—¡Pues no faltaba más!— con-

testó el oriental—. ¡Por sus crímenes y por las pieles que pierdo!

—¡Pues aun le falta a usted perder una piel que estima más que esas!—rió tranquilamente Hugh—. ¿Quiere darme un cigarrillo?

—¡Basta de tonterías! — gritó descompuesto el coronel Nielson—. ¡Quedas arrestado!

—¡Un momento, coronel!—contestó Hugh mostrándole el célebre radiograma cifrado—. Este radiograma se refiere a la muerte sospechosa de un marinero de ese buque que está ardiendo... y bien ardiendo.

En aquel momento intervino Algy.

—Hugh — dijo— ¡tenías razón! La última palabra estaba equivocada...

Y acercándose a su oído le dió la traducción exacta.

Drammond lanzó un grito de triunfo.

—¡Coronel—exclamó en voz alta—, la última palabra del radiograma es "cólera"!

—¡Cólera! — aulló el coronel volviéndose imponente contra el príncipe, que le miraba atónito—. ¿Y usted pensaba descargar ese barco sin preocuparse del peligro

de una epidemia? ¡Queda usted detenido!

Achmed tenía el rostro lívido y sudoroso.

Inclinando la cabeza contestó con voz sorda:

—Toda mi fortuna estaba en ese cargamento. Desgraciadamente, todo me ha salido mal... por culpa de usted—añadió dirigiéndose al capitán—. Pero hay que saber perder... y yo he perdido...

Al terminar la última sílaba se oyó un pistoletazo y el príncipe haciendo una mueca de dolor cayó de bruca sobre el muelle.

Sin sacar la mano del bolsillo, al verse perdido, se había disparado un tiro en el corazón.

. . . . .

Una hora después Algy volvía a su casa por última vez en aquella noche interminable y ahora definitivamente.

Cuando se encontró junto a la cama en la que la pobre Gwen dormía tranquilamente... y sola, la despertó suavemente y la dijo entre hipo e hipo:

—¡Aquí estoy, amor mío!

Sus hipidos continuados llamaron la atención de su mujercita.

—¿Dónde has estado toda la no-

che? ¿Qué te pasa? ¿Estás enfermo?

—¡Hip!—contestó Algy haciendo unas muecas originalísimas—. ¡Lo que necesito es un poco de bicarbonato!

¡El dichoso radiograma aun no había llegado a su destino!

Ya se disponía Gwen a levantarse para atenderle cuando sonó desesperadamente el timbre del teléfono.

Marido y mujer se miraron estupefactos.

Algy murmuró para sí:

—¿Qué es lo que querrá quemar ahora ese hombre?

Y cogió el auricular sin preguntar siquiera con quien hablaba.

—¡Algy!—sonó la voz de sobra conocida de su amigo—. Nos vamos a casar. ¡Ven en seguida con Gwen!

—Pero es que tenemos que dormir...

—¿Dormir? — contestó Hugh riendo—. ¡Pero si es de día!

Algy se volvió hacia su mujercita y la dijo:

—Drummond se casa.

—¿Con quién?

—Con una chica que encontró anoche.

—Y nosotros como si no nos hubiéramos casado — murmuró compungida Gwen.

—¡Quién sabe si no seremos así más felices!—contestó Algy filosóficamente.

Al otro lado del hilo telefónico, Lola y Hugh estaban el uno en brazos del otro.

—Anoche me preguntaste si me gustaba la malvarrosa —decía Lola.

—Y tú me contestaste que sí... ¡Oh, amada mía—dijo Hugh mirándose en sus ojos—, tranquilidad y paz!...

—¿Y algunas malvarrosas en el jardín!—terminó su novia a tiempo que le tendía los labios mimosa.

FIN



# COLECCION USTED

los lujosos libros de las Ediciones Especiales de

## La Novela Semanal Cinematográfica

### LIBROS PUBLICADOS:

- La vida alegre.  
El gran desafío.  
Miguel Barragán, o el  
Coronel del Zar.  
La princesa que sabe  
amar.  
El asche número 12.  
Sin familia.  
Mora Nostrum.  
Hasta, el hombre que se  
venció.  
Cobra.  
El fin de Morvando.  
Vida schenica.  
Zara.  
Adiós juventud!  
El judío errante.  
La mujer desnuda.  
La vía romana.  
Casanova.  
Santal Imperial.  
Don Juan, el iniciador del  
Sevilla.  
Noche nupcial.  
El secreto cielo.  
Buen Gusto.  
Los vendedores del teatro.  
La mariposa de oro.  
Ben-Hur.  
El demente y la carne.  
La castellana del Líbano.  
La tierra de todos.  
Tropel.  
El rey de reyes.  
Sangre y arena.  
La ciudad castigada.  
Águilas triunfantes.  
El sargento Malacarta.  
El capitán Barrell.  
El jardín del edén.  
La princesa misteriosa.  
Bambusa.  
Dos amantes.  
El príncipe estrellado.  
Ana Karenina.  
El destino de la carne.  
La mujer divina.  
Alas.  
Cuatro hijos.  
El carnaval de Venecia.  
El árbol de la vida.  
La última isla.  
El congreso.  
Amante.  
La ballarina de la Opera.  
Moulin Rouge.  
Ben Ali.  
Los cuatro diablos.  
Ese parvito del  
Vieja Viena.  
La travesía patética.  
Un cierto muchacho.  
Nuestro amor.  
La ruta de Singapur.  
La ostia.  
Walter Wu.  
Buenos Aires.  
El despertar.  
La molalla del amor.  
Las tres pastores.  
Cristina la Desconocida.  
Vieja Madrid, que es mi  
patria!  
Sombras blancas.  
La vopla andalusa.
- Los reyes.  
Ismos.  
El conde de Montecristo.  
La mujer ligera.  
Virgencitas modernas.  
El pagano de Tarrat.  
Borrallas dichosas.  
La tunda del 98.  
Esto es el cielo.  
Expediente.  
Evangelina.  
Orgueños salvajes.  
El castaño.  
Esmirna.  
La máscara del diablo.  
El pan nuestro de cada  
día.  
Vieja hidalga.  
Pocahontas.  
Tentación.  
La pecadora.  
El beso.  
Hija se va a la guerra.  
Los hijos de nadie.  
El pasador de perlas.  
Santa Isabel de Cerón.  
Los dos barbaños.  
La canción de la estapa.  
El rescate de un beso.  
La rapsodia del recuerdo.  
Delirios.  
Del mismo barro.  
Lirrelosos.  
Cuatro de infantería.  
Olimpia.  
Monsieur Sans-Gout.  
Sinfonías de gloria.  
Mambo.  
Molly (la gran parodia).
- De fremen, marchen!  
Ismos.  
El proximo.  
Romanos.  
El gran diablo.  
Tempestad.  
El Dios del mar.  
Anna Caracit.  
Sevilla de mis sueños.  
Hediontes nuevos.  
Ben-Hur (edición popu-  
lar).  
La interrogable.  
El mal.  
El rayo real.  
Halo el tacho de París.  
Wo-bi-chang.  
Mantecado.  
Canción del infierno.  
Mía seria!  
Alcalá!  
La mujer que amamos.  
Al congreso de S-4.  
La pelotosa enamorada.  
Amoroso de amor.  
El gran desafío (edición  
popular).  
Do Barry, mujer de pa-  
sión.  
La vida alegre (edición  
popular).  
Ángeles del infierno.  
Corpo y alma.  
El impostor.  
Esposas a medias.
- Enlunas de la moda.  
Vella Café.  
Hoy que nacer el petriculo.  
Inspiración.  
El proceso de Mary Du-  
manchane de neofonno.  
Marido y mujer.  
Mata-Hari.  
Congorilla (fuera de es-  
tado).  
Cumbos a tu mujer!  
El millón.  
La mujer X.  
Gente alegre.  
Mur de fondo.  
La llama sagrada.  
La ley del mar.  
La fruta anárquica.  
Vidas truchas.  
La hora del mar.  
Tabú.  
El pasado amaro.  
Papa siempre largus.  
Trader Horn.  
Un yacut en la corte  
del rey Arturo.  
El adiós panal.  
La pura verdad.  
Mortecidad, o el Corcho-  
a la vida (fuera de es-  
tado).  
Cachón (la tragedia de  
la niña).  
Remolancia.  
Las peripetias de Shippy.  
¡Que ciudad!  
El camino de la vida.  
Noches de Viena.  
Mamá.  
Eran reyes.  
Chari-Bihl.  
Sérame otra vez.  
Comentarios de lujo.  
Los hijos de la caña.  
La divorciada.  
Madame Satán.  
¿Cuándo te suicidas?  
Marilinda.  
El carnes amarillo.  
Honorable a tu madre.  
Se últimos noche.  
Las alientas chicas de  
Viena.  
Viva la libertad!  
Salvada.  
El temiento del amor.  
Deliciosa.  
Cielo robado.  
Amargo idilio.  
Honor entre amantes.  
Para alcanzar la luna.  
El hombre que atendi-  
ó (Mortale).  
La caída.  
El prófugo.  
Miliada de pas.  
Amores de medianoche.  
Miguel Barragán y el Co-  
ronel del Zar (edición po-  
pular).  
La hermana San Sulpicio.  
El demente y la carne  
(edición popular).  
La dama misteriosa.  
Los clavos de la Vir-  
gen.
- Paraja de pelle.  
Al Capone (Pasión en  
Chicagoy).  
Mi último amor.  
Mundano de neofonno.  
Marido y mujer.  
Mata-Hari.  
Congorilla (fuera de es-  
tado).  
Carreteras.  
Eran una vez un cielo.  
Hombres en mi vida.  
Niebla.  
Zeloso.  
Indescribible.  
Trazón de los muros.  
El secor del hampa.  
La visita al mundo por  
Homero Valcacha.  
Claro bien.  
Reclon rasados.  
Chamo (El campeon).  
La carga del jaguar.  
Los amores de José Ma-  
rta (fuera de estado).  
El caballero de la noche.  
Armando Lupin.  
La dama del 13.  
Amor en venta.  
El pecado de Madelón.  
Claret.  
La casa de los muertos.  
Tiempos del cielo.  
El proceso Dreplius.  
La vida de un gran ar-  
tista.  
El último varón sobre la  
Tierra.  
Fantomas.  
Violentas imperiales.  
Tarzanta.  
La película de los estre-  
llas Grand Hotel (fuera  
de estado).  
Soy un fugitivo.  
Hollywood al desnudo.  
Sangre roja.  
El doctor X.  
Roma.  
Primavera en noche.  
El hijo del destino.  
Ella o ninguno.  
El enemigo de la sangre.  
El azul del cielo.  
El monstruo de la ciudad.  
El hombre que se sale  
del amor.  
Luzes Leona.  
Mordido de mujeres.  
Manos culpables.  
La garbosa se divierte.  
La mano asesina.  
El rey de los gigantes.  
El sargento X.  
Los seis misterios.  
Para edad moderna.  
La novia de Bacoia.  
Bueno al amor.  
El amor amor.  
El expreso fantasma.  
El despertar.  
El robo de la Mona Lisa  
(La Gioconda).  
La edad de amar.  
Salvada.

Divorcio por amor.	El hijo de la perseguida.	Las sorpresas del coche	Danza por un día.
Cockzanos del mundo.	Levy Lytton.	china.	La venta n.º 11.
Casacaos valientes.	Harris Chien.	En un la nieta.	La hora casada necesita ma-
Luiza-Fugate-Demare	En ti y ella.	Madre de bendición.	rina
(Corta de servir).	Un jaidon en la alcoba.	La portera de la familia.	¡Vive Villa!
Los tres mosqueteros	El canto de las cantaras.	Granderos del amor.	Busca un millonario.
(Los Horrores de la	La llama ciega.	Fanny.	Historias del corado.
reina).	Un hombre de corazón.	Siempre en mi corazón.	El novio de mamá.
Milady (Segunda parte de	Guerra de Runda.	Teresa y su compañera.	Madame de Doctor.
Los tres magisteros).	El rey de los instenos.	El paco y el vicario.	Las Virgenes de Wimpia
Enchovital.	La Cruz y la Espada.	Sur Angélico.	Street
La calle 42.	El canto del rubén.	Judas.	Las mil y dos noches.
Las dos herfanitas.	Adios a los armos.	Cananea.	Al besar la primera.
Cabulata.	La mondana.	El primer amor.	Madrid se divorcia.
Teatrica.	¡Tú eres mi!	Rehino.	Toda una mujer.
La feria de la vida.	Catalina de Rusia.	Un cantito de coquero.	Tu rama para ti.
Una secreta y una rubia.	¡Fuerzas al amanecer!	El amor de la moda.	Ojos caribosos.
Cómo en me descan.	Sera.	La virgen de la roca.	Al campio del amor.
El calcante.	Ballera a la vista.	La herencia.	Repteg de oro.
El amor y la guerra.	Almá.	Madame Du Barry.	La generalita.
Una vida romántica.	La hermana blanca.	Encuentro en noche.	Por mal camino.
Esperanza y la Zorina.	La Reina Cristina de Sue-	Encuentro en blanco.	La legión blanca.
Busca tieta un cerven.	cia.	Pecore humanos.	Cruz Drahla.
20000 años en Sing Sing.	Por un solo día.	¡Vive la vida!	Lo que los dioses destru-
Milagro en Budapest.	Se ha fusado un procu-	El negro que canta el si-	yen.
Milagro.	El canto de los padres.	ma blanca.	¡Qué se muere a Eva?
Vivanco hoy.	La ciudad de corón.	Cavilata.	Picota en palacio.
Odin.	Historias de inferno.	Cuarta aña.	Oro y plata.
Los crímenes del museo.	Dña. Francisco.	Sola con su amor.	El fantasma del congreso.
El secreto del mar.	El café de la marina.	El mundo cambia.	El amor que destruye las
Mis labios engañan.	El agua en el suelo.	Canción de una.	mujeres.
No dejes la puerta abierta.	El boxeador y la dama.	Paz en la tierra.	Angel del atropo.
Dos noches.	Reclamo de la tierra.	La dama del boulevard.	Capturada.
La melocía prohibida.	2 Mujeres y 1 Don Juan.	La hermana San Fulgencio.	La Marzeta.
El rumor extraño de un	Alma de ballarina.	El signo de la muerte.	Los de 14 años.
mito.	Yo he sido ciega.	La dolorosa.	Pedra.
Canción de Oriente.	No seas celosa.	Las freccas del amor.	Doy al amor.
La amiga del general.	Desfile de cordillera.	Wonder Bar.	Los viajeros de la Virgin.
Yen.	Aves en rumba.	La dama de las camelias.	Crisis mundial.
Bolicho.	Quena en sol.	La donalla de postin.	El explorador de mujeres.
La vida privada de Emi-	Paseada en la calle.	Caravana.	
lia VIII.	Una noche en El Cairo.	Hombres del mañana.	
Fra Diavola.	Rosé de mediodía.	Así ama la mujer.	
El extraño ideal.	El rey de la plaza.	La buena ventura.	
El judio errante.	Sobre el cielo.	Nada más que una mujer.	

Que han constituido otros tantos éxitos para esta colección, conside-  
rada la Biblioteca más amena, selecta e interesante

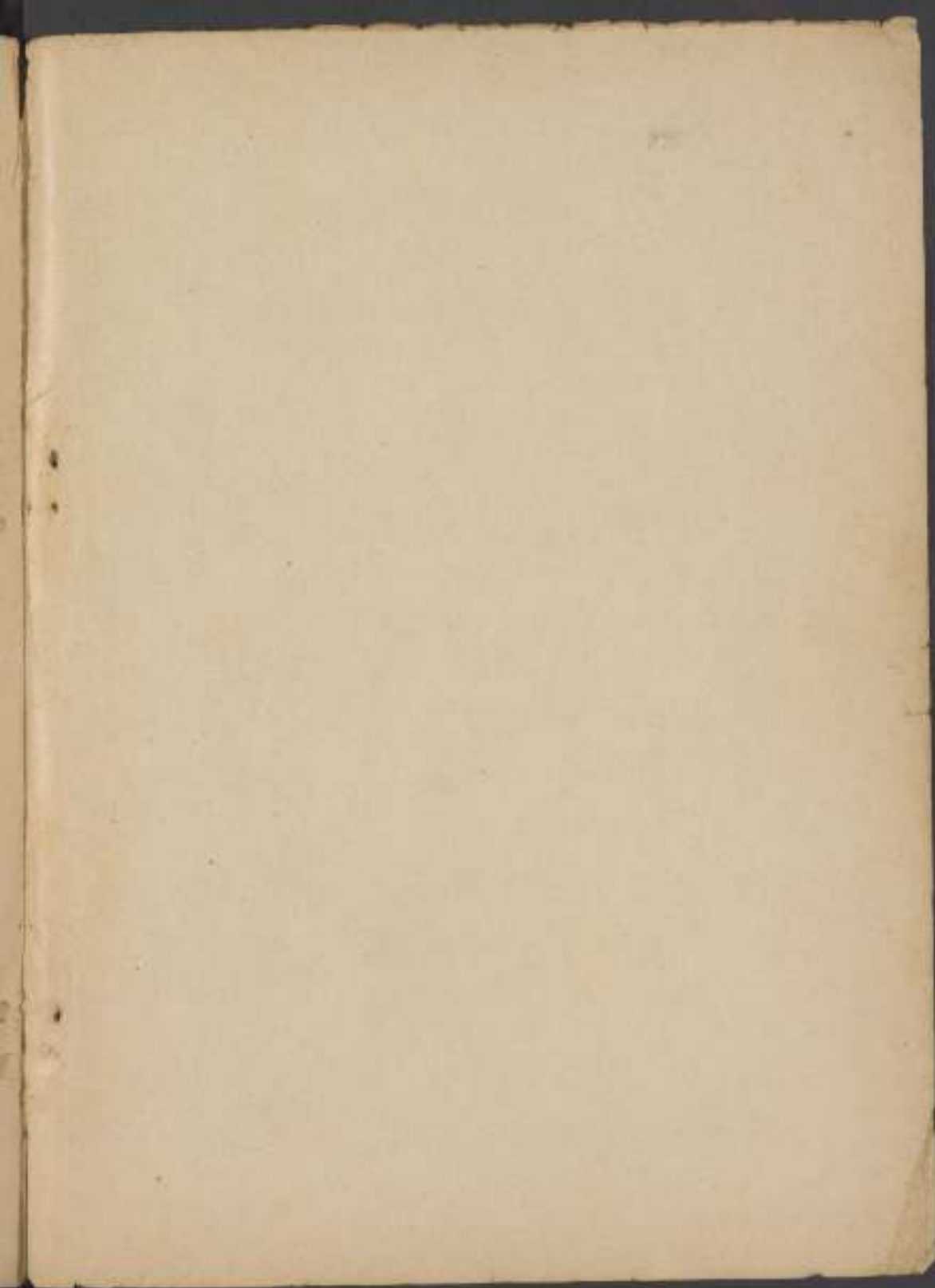
**PROXIMO NUMERO:**

**ENCADENADA**

por Joan Crawford y Clark Gable

**Precio: UNA PESETA**

**EDICIONES BISTAGNE publica siempre lo mejor!**





E. B.

Cubierta, Imp. W. POLLACER  
Barcelona, III - Teléfono 78182

8  
**Precio: Una peseta**